



Universidad de Chile
Facultad de Filosofía y Humanidades
Departamento de Filosofía

LIBERTAD, RESPONSABILIDAD Y COMPROMISO

Los tres ejes de la moral sartreana

Tesis para optar al Grado de Licenciada en Filosofía

Autora: Belén Verdugo Romero
Profesor Guía: Carlos Contreras Guala

Santiago, Chile
Diciembre, 2019

*A mi hermana, mi vida entera.
Y a mi pueblo, el mundo entero.*

*“Ahora hay que vivir; en la picota,
con el cuello en una argolla,
hay que seguir viviendo”.*

*(Jean-Paul Sartre, San Genet, comediante y mártir,
Losada, Buenos Aires, 1967, p.61).*

ÍNDICE

Agradecimientos	4
Resumen	5
Introducción	6
Capítulo 1: La estructura conceptual de la mala fe	13
1.1 La libertad en la filosofía sartreana	13
1.2 Un aspecto de la libertad, la mala fe	18
1.3 Sobre la buena fe y la conversión moral	24
Capítulo 2: En busca de un sentido práctico, <i>Las Moscas</i>	28
2.1 Filosofía y Literatura	30
2.2 Literatura y Compromiso.....	33
2.3 De <i>El Ser y la Nada</i> a <i>Las Moscas</i>	36
Capítulo 3: Un análisis teórico de <i>Las Moscas</i>	41
3.1 Orestes y la libertad	42
3.2 Electra, la mala fe y la sabiduría del pueblo de Argos .	47
3.3 Los dioses, los signos y los destinos	53
Conclusión	58
Bibliografía	61

AGRADECIMIENTOS

Supongo que jamás podré agradecerle a todos los involucrados en esta investigación, pues jamás podré determinar con exactitud quién, dónde, cómo y cuándo, alguien de forma activa o pasiva, contribuyó a fomentar mis pensamientos en torno a la libertad. A todos ellos, conocidos y desconocidos, amados o admirados, les doy las gracias. Sus palabras, sus convicciones, sus propias vidas, han sido ejemplo tácito de lo que aquí se ha querido plasmar. Me refiero especialmente a mi núcleo familiar, a esa pequeña comunidad que se dedicó, desde que tengo memoria, a debatir y a construir una actitud crítica en todos sus miembros. Les agradezco desde lo más profundo, el enseñarme que todos podemos decir, que lo que más importante es nuestro deber decir. Le agradezco a mis padres, quienes han sido un ejemplo de valor, convicción y entrega. Su apoyo en esta aventura, que a momentos parecía perder el rumbo, ha sido de vital importancia para llegar a destino. Si escribo esto, es porque ustedes me han dado todas las herramientas que necesitaba para hacerlo, partiendo por su comprensión y aliento. Hay tantas cosas que quisiera decirles, pero ustedes ya lo saben, y no hay manera en que pueda decir aquí lo que realmente siento. Le agradezco también a mi hermana, mi compañera en esta búsqueda por el saber, gracias por enseñarme a escribir y leer, también por fomentar siempre mis lecturas con tus preguntas. Tu apoyo, ha mantenido la llama del conocimiento ardiendo. Por supuesto, también le agradezco a quien me acompañó por horas y horas, en mis estudios y en mis desvelos, aquel fiel compañero, mi perro. Quisiera también agradecer a mis amigas de la secundaria, aquellas que supieron lo que haría, mucho antes que yo misma. Gracias por entenderme, escucharme y acompañarme. Abrieron mi horizonte de maneras que nadie podría comprender, gracias por ser exactamente las personas que yo esperaba que fueran, son una inspiración y un orgullo. Hablando de mi vida estudiantil, también quisiera agradecerles a todos los profesores y profesoras que me han formado y me habrán de seguir formando, espero que su labor haya tenido buenos frutos en mi persona, pues han sido quienes plantaron la semilla que hoy crece. Le agradezco a mi profesor guía, por incentivar mi búsqueda desde un principio, también por contribuir al pensamiento crítico de la realidad. A todos ellos, gracias, mil veces gracias.

RESUMEN

La presente investigación, pretende aspirar a convertirse en un aporte al desarrollo, la comprensión y la discusión en torno a distintas obras de Jean-Paul Sartre. Especialmente, en lo que respecta a la libertad, la responsabilidad y el compromiso, elementos que van a conformar a nuestro parecer, los tres ejes principales de la moral sartreana. Sin embargo, la reflexión a la que pretende invitar nuestra investigación no se termina allí, pues al centrarnos en estos tres elementos de la moral sartreana, buscamos comprender, renovar y validar al día de hoy sus argumentos. De este modo, pretendemos hacer un cierto paralelismo entre nuestra realidad y las circunstancias que permitieron dar origen a tales reflexiones, con el fin de demostrar la actualidad de sus pensamientos.

La metodología que se va a utilizar, consistirá en exponer en primer lugar, los principales aspectos de la libertad sartreana, con tal de generar una idea clara en el lector sobre lo que habrá de entenderse cuando nos refiramos a dicha noción de libertad. Luego, en un sentido más práctico, se mostrará a esa libertad situada dentro de un contexto más específico, el cual contribuirá a explorar todos los alcances de la libertad humana. Para realizar aquello, nos centraremos específicamente en dos textos sartreanos que vieron la luz el mismo año: *El Ser y la Nada* y *Las Moscas*. Puesto que al establecer la conexión intrínseca que hay entre ambos textos, lograremos evidenciar que no hay un asunto más inherente al ser humano que la reflexión en torno a su propia libertad.

Por consiguiente, a través del análisis de cada obra, tanto en conjunto como por separado, llegaremos a la conclusión de que la libertad, la responsabilidad y el compromiso, son elementos que van a encontrarse en cada una de las obras de Sartre. Justamente, porque estos tres términos, se encontrarán presentes en cualquier actividad humana, sin distinciones. Por lo mismo, nuestra investigación va a consistir en un recordatorio, sobre aquello que nos conforma realmente como humanidad: la puesta en práctica de valores que solamente poseemos cada uno de nosotros, en cuanto decidimos quienes somos y lo que vamos a hacer.

INTRODUCCIÓN

A lo largo de la historia de la filosofía, han sido múltiples y diversos los cuestionamientos que se han realizado sobre la relevancia, importancia y validez que la filosofía posee, en comparación a otras disciplinas del conocimiento humano. Por lo que algunos, habrán de considerar a la filosofía como una necesidad, mientras que otros la asociarán simplemente a una práctica ociosa de ciertas personas, sin embargo, ninguno de los adherentes a este tipo de posturas, podrá admitir jamás que la reflexión filosófica sea algo que se encuentre realmente fuera de su alcance. Puesto que el hecho de cuestionarnos, ya sean cosas vulgares o cosas más sublimes, es algo que compartimos todos los hombres y mujeres por igual, tanto en nuestras edades más tempranas como en el crepúsculo de nuestra existencia, por lo que el ejercicio filosófico nunca ha quedado vedado para nadie.

Por lo mismo, aunque así no pareciera para quienes no han mantenido una relación cercana con ella, la filosofía se caracterizará por ser una puerta abierta, en tanto que ésta le abrirá diferentes caminos a quienes se han atrevido a cruzar el umbral. Y no se trata aquí de ser precisamente un iniciado o un bendecido, creencia que se popularizó en el tiempo de la filosofía más temprana, sino más bien, en ser un inconformista. Puesto que, si alguien se encuentra inconforme con su realidad, si alguien piensa que hay todavía cosas por descubrir y explorar, la simple aparición de una puerta abierta frente a sus ojos, es suficiente motivación para aceptar la invitación y entrar. De tal manera, describiríamos el ideal de un filósofo en la actualidad. Hay que estar inconformes, desconfiados y alertas. La fenomenología del siglo XX ya lo proponía mucho antes que nosotros, hay que cuestionar todos los preceptos y conceptos previamente establecidos, tanto así que hay que dudar incluso de las preguntas y sobretodo de las respuestas.

Y bien, ahora que vivimos en una sociedad digital, en donde todos podemos alcanzar una cierta verdad con solo el hecho de ver una pantalla, se debe mantener una actitud aún más crítica respecto a todo lo que se dice. El poderío del *das Man* heideggeriano ha escalado a un nivel más profundo y más impersonal a través de los nuevos medios tecnológicos,

provocando una falta de reconocimiento y validación del *yo*. Ahora es más sencillo perderse en los *otros*, antes de reconocerse también como parte del *uno*. Por lo mismo, a pesar que desde una perspectiva sartreana el *otro* representa una resistencia a mi libertad, es necesario admitir la existencia del otro como una necesidad para la existencia propia. Y puesto que la posibilidad de un reencuentro debería ser la principal preocupación de nuestro siglo, debemos preguntarnos cómo podría llegar a propiciarse y qué papel debería desempeñar la filosofía en su realización.

Justamente, hablando del papel de la filosofía en la forma de relacionarnos con los otros, es necesario recordar que hace poco tiempo atrás, en Chile, se había planteado la posibilidad de eliminar la asignatura de filosofía de la malla curricular de las escuelas. Aquello significaba, en primera instancia, una clara intención de mermar el libre pensamiento de sus ciudadanos, sin contar que a este planteamiento, le seguiría después la idea de eliminar también las asignaturas de historia y educación física. Precisamente, respecto a esto último, es que podemos afirmar en una segunda instancia, que la verdadera intención que había detrás de este tipo de reformas educacionales, no es otra más que el querer mantener el control de las masas, al ir cerrando los espacios de reflexión y recreación de los más jóvenes, con tal de tener a futuro, unos ciudadanos mucho más dóciles y enajenados de los que se tienen ahora.

La *enajenación* a la que hacemos referencia, la cual es producida desde distintos ámbitos de la sociedad, en este caso particular, educacional, pretende mantener al individuo en la condición de espectador frente a su propia vida. Por lo que, si nos remitimos a la perspectiva sartreana, en la que la enajenación obliga al individuo a observarse con la *mirada del otro*, exigiéndole así objetivarse, y de esa manera, petrificar cualquier posibilidad de libertad, la idea de coartar el aprendizaje se vuelve más atroz y desgarradora. Sin embargo, manteniendo una postura como la de Jacques Rancière, podemos sostener que ya ha llegado el momento de que el espectáculo cambie. Ha llegado la hora en que el espectador se suba al escenario y participe de la obra en la que consiste su vida, es su turno de determinar el siguiente acto.

Ahora, en medio del estallido social en Chile, y también en otros lugares del mundo, podemos apreciar que se ha representado nuevamente la oportunidad de declarar sin titubeos la libertad del hombre. También podemos observar que los jóvenes siguen siendo vanguardia a la hora de decir y exigir, como si en sus venas furiosas pudieran correr veloces, todos los cuestionamientos de siglos pasados. Por lo mismo, no ha de sorprender que en nuestro caso, hayan sido los mismos estudiantes a los que se le pensaba arrebatarse las asignaturas conocidas por tener un carácter social, también aquellos que habían sido estafados con el negocio de la educación, quienes iniciaran el movimiento ciudadano que terminaría recordándonos los horrores más recientes de la historia presente de nuestro país.

La juventud que se autodenominó *sin miedo*, se atrevió a subir al escenario y representar el espectáculo desde la perspectiva de quien siempre se había visto relegado a ser espectador. Aquello nos puede recordar perfectamente al Mayo Francés de 1968, y la esperanza de encontrar *sous le pavés, la plage*. Por lo mismo, es necesario que la filosofía se vuelva hacia el pueblo una vez más y cuestione las posiciones de poder, sobre los cuales se erigen los fundamentos que han permitido que vivamos en las condiciones actuales. Y es precisamente esa la razón por la que esta investigación parte haciendo mención al momento histórico que se vive en Chile. Pues la filosofía nos obliga a decir, a exigir, a resistir. Una actitud diferente, sería no corresponderle como se debería a las personas que han perdido sus vidas, a las torturadas y a las heridas, a las detenidas. Sería quitarle el corazón y los ojos a la filosofía.

Por consiguiente, una investigación que tiene como principal objetivo rescatar la figura de un autor como Jean-Paul Sartre, reconocido por ser un escritor comprometido, pecaría de hipocresía al no hacer siquiera una señal de referencia hacia la situación que hoy se vive en el país. Sobre todo, considerando que uno escribe para su época, por lo que no se podría escribir ahora sobre libertad, responsabilidad y compromiso sin hacerlo, no cuando en las últimas semanas su práctica y su concepción han sido minadas, al ser renovadas por algunos y manipuladas por otros. Por lo mismo, admitiendo la completa falta de inocencia de la humanidad, sostendremos que ya es hora de poner en práctica el «hacerse cargo» y la filosofía no puede ser la excepción.

Volviendo a la filosofía en general, ésta nos ha demostrado efectivamente que todos somos hijos de nuestra época, ya sea que lo queramos o no, por lo que es una obligación pronunciarnos al respecto. No podemos estudiar a ningún filósofo ni ninguna doctrina filosófica, sin estudiar previamente el momento histórico que hizo propicia tal reflexión. Así, el existencialismo no tendría sentido si no se hubiese dado en un contexto histórico marcado por situaciones bélicas, ignominia, pobreza y explotación. Solamente ante la creencia absoluta de la ausencia de Dios, el hombre podría haberse mirado a sí mismo, siendo capaz de cuestionar así su propia existencia. Justamente, porque necesitábamos ser incapaces de ver el cielo, el cual se encontraba en ese entonces en llamas, para concentrarnos en lo que había aquí en la tierra.

Autores como Albert Camus, Fiódor Dostoievski, Martin Heidegger, Franz Kafka, Søren Kierkegaard, Jean-Paul Sartre, entre muchos otros, fueron conocidos por tomar una perspectiva existencialista en sus escritos, al poner en la palestra ciertos tópicos existencialistas tanto en la filosofía como en la literatura y en la vida cotidiana. Así se comenzará a hablar en todos los ámbitos posibles de la realidad humana, sobre teorías en torno al sujeto, lo absurdo, la libertad, la angustia, la trascendencia, la facticidad, etcétera. De este modo, el existencialismo terminaría propagándose rápidamente, sobre todo entre las mentes más jóvenes, al buscar establecer sus propios conceptos y su propia interpretación de la realidad.

El principal propósito del existencialismo era permitir que todas las personas encontraran en sus propuestas una respuesta asimilable a la realidad que en aquel momento se vivía. Por lo mismo, al igual que encontró adeptos, también encontraría fácilmente detractores. Simone de Beauvoir terminaría defendiendo el existencialismo en los siguientes términos: “Si el hombre no puede modificar su esencia, si no tiene influencia sobre su destino, no le queda más que aceptarla con indulgencia: esta actitud le ahorra la fatiga de la lucha. Al

volver a ponerle su destino en las manos, el existencialismo no hace sino perturbar ese descanso”¹.

El existencialismo se trata principalmente de una doctrina de la confrontación, o se asume la existencia propia, o en la pasividad perdemos el rumbo en ilusiones y bagatelas. Se trata de propiciar la decisión, fomentar la acción, recordarles a las personas la importancia del aquí y ahora. El existencialismo se propagó en diferentes expresiones artísticas, literarias y filosóficas, sin embargo, lo que hay de común en todas sus expresiones es la siguiente premisa: *La existencia precede a la esencia*. Y ya que no hay un Dios que sostenga la existencia humana bajo el seno de su esencia, el hombre tendrá que buscar el fundamento de su ser en otro lugar. De ahí que el hombre pueda observarse a sí mismo en su condición de arrojado y comprobar que solamente permanece entre sus manos su propia existencia.

Una vez que el hombre se encuentra en posesión de su existencia, no le queda más que preguntarse sobre esta misma. Y será a partir de esos cuestionamientos, sobre qué significa este existir no-esencial, que surgirán los principales tópicos de esta investigación: la libertad, la responsabilidad y el compromiso. Sin embargo, no nos detendremos aquí por el momento. Pues, además de ser reconocido por ser un filósofo existencialista, Sartre también pertenecería a un contexto filosófico conocido como «filosofía francesa contemporánea». Un momento en que la filosofía decía y exigía, a la vez que proponía y participaba, haciéndose parte de la vida cotidiana.

Alan Badiou, filósofo francés, sostendrá que en la segunda mitad del siglo XX, se vivió en Francia un momento en la filosofía asimilable al momento griego clásico o el idealismo alemán, puesto que él afirma que la filosofía francesa contemporánea “Constituye —a su entender— un momento filosófico nuevo, creador, singular y al mismo tiempo universal”². De esta manera, determinará que el momento francés se encuentra situado entre las obras pioneras de Sartre y las últimas obras de Deleuze. Así será como *El Ser y la Nada*,

¹ Simone de Beauvoir, *El existencialismo y la sabiduría de los pueblos*, Edhasa, Barcelona, 2009, p. 51.

² Alan Badiou, “Panorama de la filosofía francesa contemporánea”, *Nómadas*, N°23, Octubre 2005, pp. 175-183.

reconocida por ser el mayor aporte filosófico de Sartre, se encargará de inaugurar el período de la filosofía francesa contemporánea.

Influenciado por Heidegger y Husserl en un principio, Sartre expondrá en *El Ser y la Nada* una visión propia, tal y como se lo anunciará a Simone de Beauvoir en las cartas que le enviará durante su tiempo de servicio en la Segunda Guerra Mundial³. Precisamente, será después de esta guerra que la visión individualista del sujeto sartreano sufrirá una transformación, debido a que en *El Existencialismo es un Humanismo* se desarrollará una apreciación más colectiva del mismo. Un ejemplo práctico del cambio a nivel personal, se puede observar en el activismo de Sartre al regresar a Francia, su participación en el Teatro de la Resistencia y *Les temps modernes*. Posteriormente, en las críticas que realizó al marxismo, su militancia con los maoístas, y el apoyo al movimiento estudiantil de 1968.

Retomando lo anterior, y manteniendo la posición de Badiou al respecto, la filosofía francesa contemporánea se dividirá entre dos corrientes filosóficas, la filosofía de la vida y la filosofía del concepto. Tal división tiene por consecuencia inmediata, un intenso cuestionamiento sobre el lugar que ocupa entre ambas direcciones el sujeto, en tanto que éste existe y es creador de conceptos al mismo tiempo. El momento francés, según Badiou, también se puede dividir en cuatro operaciones intelectuales, las cuales consisten en: la operación alemana, la operación de la ciencia, la operación de la política y la operación de la modernización. Las cuatro operaciones señaladas, las podemos observar y determinar con precisión en los escritos sartreanos.

La operación alemana se identifica en Sartre por la influencia husserliana y heideggeriana en sus primeros textos, y en la adopción de la fenomenología como método de investigación. Respecto a la operación de la ciencia, podríamos recurrir a los textos psicológicos para comprobar su interés sobre aquello. En cuanto a la política, su escritura comprometida y sus críticas al marxismo, son razones suficientes para admitirlo. Por último,

³ Véase, Jean-Paul Sartre, *Lettres au Castor et à quelques autres*, vols. I y II, Gallimard, París, 1983.

la operación de la modernización de la filosofía, se verá en la redefinición, creación y apropiación de conceptos que responderán a una reflexión del momento y su función.

Otra instancia que marcará la filosofía francesa del siglo XX, además de las operaciones previamente señaladas, será la alianza entre filosofía y literatura. El siglo anterior, se caracterizará por derrumbar las fronteras que existían entre los textos filosóficos y los textos literarios, por lo que unos y otros se desplazarán hacia su opuesto y viceversa. De este modo, la manera en que se dicen las cosas pasará a un segundo plano, puesto que ahora lo principal será el decir. Debido a aquello, Sartre se dedicará a explorar diversas formas de escritura en su vida, realizando ensayos, novelas, obras de teatros, guiones cinematográficos, crítica, etcétera⁴.

Al presentarnos, ante una pluma así de florida, podríamos llegar a suponer que en sus escritos, Sartre dijo todo lo que debía y quería decir. No obstante, cabe recordar a través de Ortega y Gasset, que todo decir cuenta con la posibilidad de ser deficiente o exuberante. Es decir, dice menos de lo que se quiere o da a entender más de lo que se propone, respectivamente. Por lo tanto, nunca podremos comprender con exactitud lo que ha querido decir un autor, debido a los problemas que existen en el propio decir, al consistir éste en sólo un aspecto de la realidad, la cual se encuentra adscrita a otro aspecto más grande, y así sucesivamente.

Respecto a lo anterior es que surge la necesidad de esta investigación, puesto que, para comprender la libertad sartreana, es necesario acceder a ella desde todas las perspectivas posibles. Por lo mismo, se supondrá que en *Las Moscas* se presentará el proyecto de una moral existencialista propuesta por Sartre en *El Ser y La Nada*. Aquello se debe a que será en la obra de teatro, en donde podremos encontrar los elementos prácticos que conforman a la mala fe, uno de los aspectos de la libertad descrito con mayor detalle por parte de Sartre. Así, trataremos de franquear a la libertad desde la filosofía y la literatura, a pesar de que ésta no cuente en realidad con límite alguno.

⁴ Véase, Michel Contat y Michel Ribalka eds., *Les Écrits de Sartre*, Gallimard, París, 1970.

CAPÍTULO 1: ESTRUCTURA CONCEPTUAL DE LA MALA FE

1.1 La libertad en la filosofía sartreana.

Intentar definir la libertad es una empresa prácticamente infructuosa, si consideramos que existen múltiples y diversas significaciones a las que podemos dirigir la mirada, al igual que hay innumerables consecuencias a las que debemos atenernos al adoptar una interpretación u otra. No obstante, aquello no ha representado ningún problema para quienes han querido teorizar al respecto, debido a que siempre se puede encontrar a alguien que esté dispuesto a hacerlo. Después de todo, la libertad es una de esas cosas que reconocemos propias del hombre, por lo que su discusión siempre se encontrará ligada a nuestra existencia. De este modo, quien quiera teorizar sobre la existencia humana, deberá reflexionar en torno a la posibilidad de su libertad, y viceversa.

De hecho, al caracterizar a la libertad como aquello que le es más propio al ser (existencia) del hombre, Sartre va a concluir que “mi libertad no es una cualidad sobre agregada o una propiedad de mi naturaleza: es, exactísimamente, la textura de mi ser: y, como en mi ser es cuestión de mi ser, debo necesariamente poseer cierta comprensión de la libertad”⁵. De este modo, la reflexión en torno a la libertad, se vuelve casi una exigencia ontológica para comprender la existencia del hombre, por lo que se da por entendido el motivo por el cual la discusión de ambos conceptos se debe dar en conjunto.

Por consiguiente, será muy común encontrar en los textos filosóficos y literarios de Sartre, una cierta (con)fusión entre libertad y existencia, debido a la íntima relación que hay entre ambas. La cercanía entre ambos conceptos, es producida por la condición insuperable del hombre, al encontrarse limitado únicamente por su libertad. A partir de aquello, Sartre concluirá que el hombre va a estar condenado a ser libre. Puesto que, a pesar de los intentos

⁵ Jean-Paul Sartre, *El Ser y La Nada*, Losada, Buenos Aires, 1993, p. 544.

conscientes o inconscientes de escapar de su libertad, el hombre jamás podrá alejarse lo suficientemente de ella. Pues, la libertad, no conoce más límites que los suyos propios.

Y bien, como podemos apreciar en la cuarta parte de *El Ser y la Nada*, Sartre establecerá una cierta concepción de libertad muy distinta a la de sus predecesores, puesto que partirá por declarar que la libertad no es realmente reductible a un concepto⁶. Pues, si la libertad fuese en realidad un concepto, se verían petrificadas todas las posibilidades. La libertad dejaría de ser en principio libre, debido a que encontraría a cada instante la imposibilidad de superar o trascender las mismas posibilidades. Y ya que la libertad carece de esencia alguna en esta filosofía, al igual que el hombre, no puede estar sujeta a nada más que a sí misma. Por lo mismo, la libertad será indefinible; y quizás, también indescriptible. No obstante, Sartre intentará de todos modos, establecer dentro de ciertos parámetros, aquello que habremos de entender por libertad humana.

Así, comenzará por establecer que la libertad y la existencia, se darán conjuntamente en el hombre, lo que significará en último término, que el hombre está condenado a ser libre. “Condenado, porque no se ha creado a sí mismo y, sin embargo, por otro lado, libre, porque una vez arrojado al mundo es responsable de todo lo que hace”⁷. El hombre va a ser ese ser que se presenta en el mundo como una negatividad, en tanto que su ser, es una nada de ser. Es decir, el hombre parte por no ser; y en la medida en que se elige a sí mismo, va a ir otorgándose el ser a través de sus acciones. Y en ese hacerse a sí mismo, es que irá descubriendo su condena a la libertad, su absoluta responsabilidad y su indudable necesidad de comprometerse.

Debido a lo anterior, podemos caracterizar rápidamente al hombre, bajo los siguientes términos: existencia, libertad, responsabilidad y compromiso. Cada uno de esos elementos

⁶ El diccionario francés *Littre*, define «concepto» como un término filosófico, resultado de la concepción. Aquello nos dirige inmediatamente a la idea de concebir, cuyo significado principal es el hacer nacer, lo que nos lleva a la comprensión de la imposibilidad conceptual de la libertad. Después de todo, el hombre está condicionado por su libertad, y no al revés, lo cual nos impide que seamos nosotros mismos quienes propiciemos su nacimiento.

⁷ Jean-Paul Sartre, *El Existencialismo es un Humanismo*, Edhasa, Barcelona, 2009, p. 43.

va a conformar al hombre, haciendo que el análisis individual de cada término, implique la comprensión de su relación con el resto. De este modo, si nos dedicamos exclusivamente a reflexionar sobre la libertad, se entenderá que también se está pensando en los otros componentes que conforman al hombre. Así, continuando con nuestra reflexión, podemos encontrarnos con que la paradoja de estar condenados a ser libres, abre la posibilidad de experimentar nuestra libertad de dos maneras distintas, una auténtica y otra inauténtica.

La existencia auténtica corresponde a aquella libertad que se aprecia como tal, es decir, se comprende a sí misma en tanto responsabilidad y compromiso. A su vez, ésta se presenta como angustia de ser, en el sentido de que se nos revela la inestabilidad de nuestra condición como existentes, ante la posibilidad de cambiar radicalmente de proyecto existencial. Al anunciarnos nuestro ser por medio de los fines hacia los que nos proyectamos, y no por lo que hemos sido, descubrimos en la angustia que cada acto nos compromete y nos responsabiliza respecto al proyecto que somos o aquel que podremos llegar a ser. Del mismo modo, comprendemos la responsabilidad y el compromiso que adquirimos respecto a todo lo que nos rodea, ya sean estos objetos u otros sujetos libres.

Así, la angustia se convertirá en un elemento necesario para comprender la existencia del hombre, en tanto que “En la angustia, el hombre se relaciona con una posibilidad que es la suya propia, en el sentido de que es una posibilidad de relacionarse él por sí misma. Resumiendo, en la angustia el hombre se relaciona con su propia posibilidad de relacionarse. En esto consiste la reflexión de la angustia. En la angustia el hombre puede descubrirse a sí mismo”⁸. Precisamente, es en este descubrirse, que el hombre comprende su total estado de abandono. Es en la plena conciencia de su soledad, que se revela a sí mismo su condición de arrojado a la existencia y la obligación que tiene de realizar algo con ella.

De este modo, al descubrir el fondo desesperanzador de su origen, el hombre logra comprender su existencia como una total falta de excusas. Y a partir de aquello, puede abrirse completamente a sus posibilidades, puesto que una vez inmerso en la angustia, el hombre

⁸ Arne Grön, “El concepto de la angustia en la obra de Kierkegaard”, *Thémata*, N° 15, 1995, pp.15-30.

puede ahora optar a la posibilidad de recuperarse. Tal posibilidad de recuperación, se debe a que en la angustia, el hombre va descubrir que la mayoría de sus acciones habían consistido en realizar prácticas de encubrimiento para negar(se) su propia libertad. De esta forma, la angustia no sólo le va a revelar al hombre la desoladora realidad de su existencia, sino también, su condición de enajenación, la cual ha sido perpetrada por él y por los otros. Así, el hombre que se ha perdido en su intento de negar su libertad, su responsabilidad y su compromiso, encontrará en la angustia la posibilidad de una existencia auténtica.

En cuanto a la existencia inauténtica, ésta no reconoce en el hombre libertad alguna. Lo supone condicionado, determinado, fijo e inmutable, pues no comprende que, a pesar de no habérsenos dado la existencia, tampoco se nos ha entregado ya hecha. Tampoco que aun cuando existan cosas en el mundo, las cuales escapen completamente de nuestras elecciones, nosotros estamos obligados por nuestra libertad a elegir en medio de todas esas cosas. En definitiva, es una libertad que no reconoce, que todo lo que ha de ser el hombre es lo que éste habrá de hacer⁹. De esta manera, la existencia inauténtica, se presenta principalmente como abandono, huida de sí. Es, ante todo, concebir el para-sí que es el hombre como un en-sí, reducir su existencia a una cosa. Por lo mismo, esta forma de experimentar nuestra libertad encontrará en la *mala fe* su mayor expresión y alcance.

No obstante, la inautenticidad no es en ningún sentido menos valorable que la autenticidad, aun cuando pareciera ser así al momento de realizar una comparación entre ambas posibilidades. Pues la huida, a pesar de ser considerada una actitud perjudicial para el hombre, es una posibilidad inherente al ser humano, ya que éste es el único ser que puede además de revelar negatividades, tener también una actitud negativa sobre sí mismo. Así, la intención de querer ocultar la responsabilidad y el compromiso que significa nuestra existencia, es algo que no se puede descartar por un asunto valórico. Puesto que, al estar el hombre abierto a sus posibilidades, no hay nada que le impida a éste tomar preferencia por una posibilidad por sobre otra.

⁹ Ortega y Gasset, quien también se dedicó a reflexionar sobre la realidad humana, definió la existencia del hombre en base a su quehacer. De este modo, lo que habrá de ser el hombre, es aquello que se hará ser a través de sus acciones. En este sentido, encontraremos una directa correlación con el planteamiento sartreano, en tanto que la naturaleza del hombre va a caracterizarse por su maleabilidad y su indeterminación.

La inmensidad de la responsabilidad humana, se ve reflejada en el hecho de que al elegirse el hombre de tal o cual manera, no solamente se elige a sí mismo, sino también a un cierto tipo de humanidad que se proyecta desde el para-sí a partir de su elección original. De esta manera, a pesar de no existir un hombre universal, cada uno de nosotros se presenta como un posible modelo de humanidad. A partir de aquello, cada uno de nosotros puede condenar o salvar a la humanidad dependiendo de cómo se haya elegido a sí mismo. Así, a través de su elección, el hombre determinará también su posición dentro de esa humanidad que es en realidad el mismo¹⁰.

Ante aquello, decir que el hombre carga con el peso del mundo en sus hombros, no resulta una exageración. Pues, además de responsabilizarse por él y la humanidad, él va a ser el responsable de revelar la existencia del mundo según su proyecto. Vemos el mundo tal cual somos. De modo que quien sea un febril creyente, verá en todas las ocasiones la intervención de la mano divina de Dios, mientras que quien crea que todo está manejado por dispositivos de poder, verá al poder infiltrarse y apoderarse de cada espacio. Y lo mismo sucederá con cada proyecto existencial posible o imaginable.

Como hemos podido ver hasta el momento, la libertad en Sartre implica responsabilidad, y esa responsabilidad, exige un compromiso. Sin embargo, la libertad se encuentra por sobre cualquier motivo, móvil o fin, ya que su importancia se ve reflejada en cuanto nuestras acciones encuentran justificación a partir de nuestro proyecto. Es decir, el proyecto original de nuestro ser, consiste en un marco referencial para nuestras elecciones, aun cuando nuestras elecciones no estén obligadas a ser siempre coherentes con tal proyecto. Podemos elegir(nos) diferente(s) en cada instante, por lo mismo, debemos elegir(nos) en cada momento. Lo único que no podemos hacer, es dejar de elegir(nos), puesto que incluso en la abstención, seguimos eligiendo.

¹⁰ Como podremos ver más adelante, la elección original de cada quien, se filtrará a través de todas las acciones humanas. Así, en el caso de autores como Jean-Jacques Rousseau y Thomas Hobbes, podemos observar en sus escritos, que al establecer la naturaleza humana de una determinada manera, ésta replicará su condición en otros aspectos más generales, como lo sería el tipo de sociedad en la que esta se presente. Por lo mismo, decimos que la elección de cada persona individualmente, puede salvar o condenar a la humanidad colectivamente.

De ahí que esta investigación se dedique a resaltar la importancia y suma urgencia de entender que nuestras decisiones nos hacen responsables de todas las posibles consecuencias que se deriven de éstas. Después de todo, según Sartre, de lo único que no somos responsables es de nuestra propia responsabilidad. Así, incluso cuando la facticidad haya dispuesto las cosas desde antes que nuestra mirada le diera algún sentido a la distribución de los existentes, nosotros somos los encargados de darle una significación al mundo y a nuestra propia existencia. De esta manera, podemos afirmar junto a Sartre, que en la filosofía sartreana no hay ningún atisbo de acto gratuito. Pues, básicamente, nuestra responsabilidad es la encargada de mantenernos alerta sobre el precio que habremos de pagar.

Volviendo a la responsabilidad que tenemos sobre el mundo, podemos encontrar que, a pesar de tener una responsabilidad individual, no hay nada que impida la posibilidad de tener una imagen en común del mundo y su funcionamiento. Esa imagen comunitaria del mundo, se conocerá como la *sabiduría de las naciones*¹¹, la cual corresponderá a aquel sistema de creencias que, por lo general, intenta dar respuestas a la existencia sin sentido que afecta al hombre. Y bien, como veremos más adelante, al hombre le resultará siempre más sencillo y más cómodo apegarse a las creencias populares, que mantener un pensamiento autónomo. Así, la mayoría preferirá confiar en lo que los otros dicen, perderse en medio de las masas, antes que tomar su propio lugar entre los demás.

1.2 Un aspecto de la libertad, la mala fe.

Anteriormente, establecimos que la libertad no debe ni puede, ser comprendida bajo la clasificación de un concepto. Puesto que, su incapacidad de definición, impide cualquier tipo de concepción abstracta de sí misma. De este modo, si queremos comprender a la libertad, debemos recurrir únicamente a la descripción para hacerlo. Por lo mismo, nos dedicaremos en este apartado, a explorar una de las conductas de abandono más conocida en la filosofía sartreana, la mala fe. La mala fe consiste en un aspecto de la libertad, el cual es abordado ampliamente en *El Ser y La Nada*, con tal de permitirnos el comprender de mejor

¹¹ Véase, Simone de Beauvoir, *El Existencialismo y la sabiduría de las naciones*.

manera, la posibilidad de experimentar nuestra libertad desde una existencia inauténtica. Así es como los ejemplos del *garçon de café* y *la coquette*, serán regularmente traídos a colación, cada vez que se planea discutir sobre este asunto.

Sin embargo, ese no es nuestro caso, puesto que consideramos insuficientes los ejemplos entregados al respecto, puesto que estos responden a una situación demasiado arbitraria y controlada como para poder lograr una identificación con el lector, impidiendo que éste pueda cuestionarse el asunto de su propia libertad en su propia situación. Por lo mismo, partiremos por comprender en qué consiste la mala fe, para luego entregar los argumentos necesarios para sostener lo que decimos. Así, podremos descubrir que la mala fe se encuentra presente en todas aquellas prácticas infatigables en las que incurre el hombre para ocultarse a sí mismo y a los otros, su propia existencia libre, responsable y comprometida. De modo que, el *garzón de café* se entenderá desde la base de la práctica de roles, en las que una persona se identifica con lo que hace y no con lo que es. Mientras que *la coquette*, se comprenderá a partir de las prácticas objetivantes del hombre.

De hecho, a partir de ambos ejemplos, podemos concluir que la mala fe consistiría principalmente, en aquellas conductas que busquen reducir al hombre a una simple y concreta definición, olvidando su carácter contingente e insustancial. Así, la mala fe se presentaría, en la mayoría de los casos, como la intención que tiene cada individuo de juzgarse a sí mismo desde la perspectiva del otro. Aquello se debe a que el otro representa ante mí una resistencia a mi libertad, en tanto que aquel puede reducirme con su mirada a un objeto¹². El otro es el único que puede definirme y limitarme, por lo que es este el único con el poder de alienarme respecto a mi propio ser.

¹² Una manera práctica de comprender esto, es recurriendo al mito de Medusa, aquel ser mitológico cuya mirada convertía en piedra a quien la mirase. Desde esta perspectiva, el otro me petrifica ante su mirada, me limita a su concepción de mí. El otro me reduce a un objeto, justamente, por el peligro que represento a su propia libertad. A su vez, otra manera de hacerlo, es dar cuenta de la relación voluntaria o involuntaria que hace cada quien al hacer coincidir un sujeto con su oficio. Por ejemplo: Oficina-Oficinista, Obrero-Construcción, Chofer-Bus, etcétera.

No obstante, esto no quiere decir que podamos tomar una actitud de mala fe, únicamente en nuestro presente y respecto a lo que somos en la actualidad, puesto que también podemos poseerla respecto a nuestro pasado. Así, cada vez que consideremos el pasado como una estructura fundamental y concreta sobre la cual basar nuestra vida, estaremos actuando de mala fe. Después de todo, tal y como lo propone Sartre, el pasado no consistiría en nada realmente, si no fuese por la significación que cada uno de nosotros le proporcione. De esta manera, el pasado solo sirve para poder observar si hemos sido coherentes con nuestro proyecto, aunque el hacerlo, ya requiera de un acto de mala fe, pues el suponer que nuestro proyecto no ha de cambiar nunca, lo es.

De ahí que surja la necesidad de comprender de una vez por todas, que uno se escoge ahora (en el presente), en cada instante (en todas nuestras acciones), en cada momento (en todas las situaciones), y que en ello se juega toda nuestra existencia. La mala fe no es algo que se nos escurre entre las manos, sin que sepamos las consecuencias que trae consigo, una vez que la tenemos presente ante nuestra vista. Es por ello que podemos juzgar el actuar del *garzón de café y la coquette*, porque sabemos a través de Sartre que su accionar responde a esa actitud negativa sobre sí mismo a la que el hombre puede recurrir al no aceptarse como una libertad completamente libre.

Sin embargo, aunque pudiera interpretarse así, por lo que acabamos de decir, uno nunca actúa de mala fe voluntariamente. Uno más bien padece su mala fe, la conciencia se ve afectada por ella, sin que uno pueda intervenir a menos que en un acto de *buena fe* o cinismo, podamos darnos cuenta de nuestro verdadero actuar. A pesar de mantener una estructura similar al engaño, la mala fe nunca podría comprenderse como tal, ya que el engañado y el engañador, tendrían que residir en la misma persona. Y aquello es ciertamente inconcebible, puesto que uno nunca podría engañarse a sí mismo, respecto a algo que ya conoce desde un principio.

A su vez, algunos la podrían identificar con el inconsciente freudiano, pero Sartre va a afirmar que tal supuesto ha nacido precisamente de un acto de mala fe, por lo que el inconsciente freudiano sería una consecuencia y no una causa. Pues, al responsabilizar al

inconsciente de nuestros actos realizados de manera consciente, estamos declarando que hemos sido determinados por la naturaleza de nuestro pasado a realizar ciertas acciones. Aquello, además de ser de mala fe, significa admitir que la conciencia se encuentra dividida, lo cual conduciría a un gravísimo error, ya que la conciencia a pesar de ser conciencia de mundo y conciencia de sí, sigue permaneciendo como una única conciencia en la filosofía sartreana.

Pese a que podemos ejemplificar de múltiples y diversas maneras los distintos modos de incurrir en la mala fe, no hay una forma factible de establecer una definición consistente respecto a este fenómeno. Aquello se debe a que, al ser un aspecto de la libertad, carga con el mismo problema de la indefinición, haciéndola irreductible a un concepto. La libertad y la mala fe son acción constante, por lo que sus alcances y sus resultados varían de persona a persona, impidiendo crear un patrón en común de sus efectos. Y no es sólo eso, lo que nos impide decir qué es la mala fe, sino también la imposibilidad de aproximarnos a ella sin incurrir en un acto de la misma índole.

Mientras más nos acercamos a la mala fe es más sencillo caer en su práctica, tal es el caso de Freud y del inconsciente como veíamos anteriormente. Aquella dificultad reside principalmente en el hecho de que la mala fe tiene el problema de ser un «concepto» que cae en la circularidad. Por esa razón, cada intento de llegar a una comprensión más exacta y extensa de la mala fe, significa estar de por sí envueltos por la misma, impidiendo tener una visión más precisa y concreta de lo que ésta representa en realidad para nuestra existencia. Por lo mismo, bastará por el momento, identificar la mala fe con la condición de una excusa a la que recurrimos para no hacerle frente a nuestra responsabilidad.

Así, la mala fe (*excusa*) y la angustia (*responsabilidad*) se encuentran, a simple vista, en la relación de un remedio y una enfermedad. Sin embargo, tal visión sería errónea, si tenemos en cuenta que no existe en la filosofía sartreana una escala de valores. Nada tiene sentido ni valor a priori, de modo que la historia es la única capaz de juzgar que una acción o una elección fueron las correctas. No obstante, aunque desde esta perspectiva podemos afirmar que el hombre es su historia, esto no significa que sea el pasado quien intervenga en

nuestras acciones. A diferencia de lo propuesto por Freud, el pasado no va a ser capaz de determinar mis futuras acciones, ya que siempre podré elegir(me) radicalmente diferente al proyecto existencial que soy ahora.

El pasado ya es parte de la facticidad nos dirá Sartre, lo hecho, hecho está; por lo que no hay nada que podamos hacer para cambiar los hechos que conforman nuestra historia. En términos populares, ya *no podemos llorar sobre la leche derramada*. A pesar de eso, sí podemos cambiar la manera de comprender nuestras acciones, al poder darle un nuevo significado a nuestras decisiones, apelando a motivos y fines ulteriores que podríamos haber desconocido hasta ese momento. Por lo tanto, sin importar lo que hayamos hecho, siempre tendremos la posibilidad de adecuar nuestro pasado al proyecto existencial que somos ahora, también la posibilidad de rechazarlo o aceptarlo por completo.

La concepción sartreana del pasado busca escapar de cualquier suerte de determinismo o suposición de destino, puesto que, al aferrarnos a nuestro pasado y actuar en concordancia con ello, también terminamos actuando de mala fe. De ahí que se entienda, más extensamente, el rechazo que produce en la filosofía sartreana, la teoría del inconsciente freudiano. Pues, al fin y al cabo, Freud le dará una prominencia temporal al tiempo equivocado, considerando que para la filosofía sartreana, solamente existe un tiempo, el presente. Por lo mismo, Sartre se sumergirá en la búsqueda de un nuevo tipo de psicoanálisis, en oposición a Freud, en cuanto que este deberá ser capaz de rechazar cualquier tipo de determinismo vertical.

De este modo, Sartre va terminar proponiendo el *psicoanálisis existencial*, el cual consiste en un método fenomenológico encargado de estudiar el proyecto original que cada uno es. Tal método fue inventado con la única intención de descubrir lo que constituye a cada persona al dilucidar la elección original de cada quien. Este método admite que el hombre es una totalidad, no una colección de momentos y elecciones. Tiene como objeto describir los comportamientos empíricos del hombre, por lo que va a basar su estudio únicamente en la experiencia. Este método lo podemos encontrar aplicado en *Las palabras*, un escrito

autobiográfico de Sartre, y también los escritos biográficos que escribió sobre Baudelaire, Genet y Flaubert¹³.

En ambos casos, no se trata de juzgar el proyecto que cada uno fue, sino más bien, entender cómo se llevó a cabo tal proyecto. Pues, auténtica o inauténticamente, la existencia de cada uno se justifica a sí misma, por sí misma. La única manera de juzgar el proyecto de otra persona, sería declarando que aquel se ha elegido de mala fe. En el psicoanálisis existencial, no solamente se trata de mi elección original, sino también sobre cómo ciertos aspectos concretos de mi existencia, las circunstancias y la situación, interactúan e intervienen en ella¹⁴. Justamente, aquellos hechos concretos de mi vida, se pueden individualizar en mi sitio, mi pasado, mis entornos, mi prójimo y mi muerte.

Cada uno de estos aspectos de la vida nos impacta de forma tal que, en cada caso, la relación que se tenga con ellos, va a reflejar el modo en que el hombre se ha elegido a sí mismo. Al igual que en Ortega y Gasset, se podría pensar que el hombre es lo que él es y lo que sus circunstancias son. Sin embargo, en el caso de Sartre, no es así del todo, pues la situación es parte de la libertad. Así, no hay libertad que no se encuentre en situación, ni situación que no se dé en libertad. Y ya que el hombre es libertad, las circunstancias no deberían pensarse como algo aparte, por el contrario, deberían considerarse como un todo que conforma al ser del hombre.

Volviendo al asunto de la mala fe, podemos afirmar que el psicoanálisis sartreano, en vez de buscar una justificación para nuestras conductas, busca establecer el estado de inexcusabilidad de toda existencia. Somos un «sin excusas» que debe comprometerse y hacerse responsable de cada una de sus acciones, ya que ni siquiera podemos contar con las experiencias de otros para tomar una decisión, pues todos los actos encuentran su significación una vez que son realizados. En términos lógicos, nunca podremos actuar bajo

¹³ Véase, Jean-Paul Sartre, *Baudelaire*, Gallimard, París, 1946; *Saint Genet, comédien et martyr*, Gallimard, París, 1952; *L'Idiot de la famille*, Gallimard, París, vols. I y II, Gallimard, París, 1971.

¹⁴ Circunstancia y situación, aunque sean regularmente usadas como sinónimos, abarcan un área bastante diferente en la realidad humana. Pues, las circunstancias se encuentran adscritas a una situación, por lo que se puede dar que dos personas estén en una misma situación, pero bajo distintas circunstancias.

la premisa: «Si sucede A, entonces, B», debido a que nunca podremos asegurar un «B» en la realidad humana.

A pesar de lo anterior, se podría decir: aún tenemos la mala fe, todavía nos queda una excusa. Sin embargo, como ya lo hemos visto, la mala fe no es precisamente una excusa, solamente se puede entender como tal. Sea lo que sea que se nos presente, no tenemos más opción que ser responsables, y elegir. Por este motivo, incluso estando afectados por la mala fe, seguimos eligiendo. Pues la libertad, aunque sea en este aspecto, sigue indisolublemente unida a la responsabilidad y el compromiso, al igual que nosotros estamos unidos irremediabilmente a nuestra existencia. En palabras de Sartre: “Por todas partes escapo al ser y, sin embargo, soy”¹⁵. Es decir, podemos huir todo lo que queramos, pero jamás encontraremos una salida definitiva.

1.3 Sobre la buena fe y la conversión moral.

Hasta el momento, nos hemos dedicado a esclarecer lo que ha de ser la mala fe, sin embargo, ya es hora de centrar nuestra reflexión en torno a su supuesto contrario, la buena fe. La buena fe es comprendida bajo la luz de una existencia auténtica, en tanto que, al ser afectado por ella, el hombre es incapaz de experimentar enajenación u objetivación alguna. Pues la buena fe es, en principio, la estricta coherencia del hombre consigo mismo. Es decir, no hay impedimento alguno que sea capaz de alejar al hombre de la realización total de su proyecto existencial, ya que la buena fe consiste en la apreciación de la libertad por sí misma.

De esta manera, una libertad que se quiera libre es una libertad que no se encuentra con mayores resistencias que aquellas con las que debe cargar al estar obligatoriamente situada. El hombre que se quiera así, será alguien que haya superado el encontrarse en medio de su trascendencia y la facticidad a la que es lanzado. Es quien sabe que es al mismo tiempo un ser-para-sí y un ser-para-otros, y no encuentra problema alguno en su ambivalencia. La buena fe es una existencia que está en paz con ella misma, ya que no requiere de nada para

¹⁵ Jean-Paul Sartre, *op.cit.*, p.107.

llevar a cabo su proyecto existencial, pues no se enfrenta a impedimento alguno al ser una libertad que solamente debe hacerle frente a la misma libertad.

A pesar de lo que pudiera pensarse en una primera instancia, la buena fe y la mala fe no se encuentran realmente en una relación dialéctica entre sí. Ninguno de estos estados tiene mayor importancia o relevancia en el proyecto existencial de una persona puesto que, al ser ambas opciones posibles, son ambas igualmente aceptables. Ya lo decíamos con anterioridad, no hay ninguna escala de valores sobre la cual guiarnos, por lo que cualquier concepción dialéctica que tengamos sobre ambos conceptos es producto de las limitaciones propias del lenguaje al momento de describir ciertos fenómenos. Por ende, la ilusión de una relación dialéctica ante la reflexión sobre la libertad, será algo más que habitual y esperable.

Retomando la comparación, podemos apreciar que ambas manifestaciones de la libertad se oponen entre sí únicamente al consistir en el proceso inverso de la otra. De tal manera, se dirá: “La buena fe quiere rehuir el "no-creer-lo-que-se-crea" refugiándose en el ser; la mala fe rehúye el ser refugiándose en el "no-creer-lo-que-se-crea"”¹⁶. No obstante, no se podrá ir y venir de la mala fe a la buena fe, y viceversa. Aquello se debe a que, al estar de buena fe, nunca podríamos dirigir nuestra existencia hacia la mala fe, y su vez, el único estado que podría dar origen a la buena fe sería la mala fe. Por lo tanto, solamente podemos cambiar en una única dirección.

Una manera de poder diferenciar entre estos dos aspectos de la libertad, aunque haya la posibilidad de muchas más, es la posición que ambas toman respecto al deseo del hombre por ser Dios. Este deseo, esa pasión inútil, va a encontrar refugio en la mala fe. Pues, la carencia que representa al para-sí, va a encontrar en ésta la capacidad de percibirse como una plenitud, al igual que si fuese un en-sí. Sin embargo, esta operación es insuficiente, ya que Dios es en realidad un ser-en-sí-para-sí. Por lo mismo, el hombre jamás podrá captarse como Dios, por lo que la buena fe vendría a constituirse como la aceptación de aquella carencia

¹⁶ *Ibidem*, p. 118.

que caracteriza al hombre; puesto que, a diferencia de Dios, el hombre nunca podrá llegar a ser el fundamento de su ser.

Continuando con la discusión sobre la libertad, podremos descubrir que existe en la filosofía sartreana, una tercera opción que aún nos queda por explorar, cuya posibilidad será descrita en los *Cahiers pour une morale*¹⁷. La posibilidad de la *conversión moral*, omitiendo por el momento la carga religiosa que vendrá a aportar esta alternativa a la discusión sobre la buena fe y la mala fe, consiste en la posibilidad de cambiar en un ámbito moral, la manera de experimentar nuestra libertad. La conversión va a representar ese elemento que le devolverá al hombre la capacidad creadora e inventiva, que se le atribuye por lo general a Dios. Por lo tanto, esta va permitirle al hombre, desistir por fin de su deseo de ser Dios, permitiéndole simplemente ser.

No obstante, a pesar de ser un intento moral y no ontológico de recuperación, la conversión no contará con el éxito esperable, debido a que todo intento de superar la mala fe, acabará estrellándose con la misma, puesto que aun sin querer estarlo, podemos encontrarnos inmersos en ella. Por lo mismo, incluso cuando nos damos cuenta de nuestra mala fe, no hallamos el modo de superarla a menos que tengamos un despertar de buena fe. De lo contrario, pasaremos de una actitud de mala fe a otra, manteniendo de forma permanente la huida. Sin embargo, será entonces cuando la conversión aparezca como significativa, ya que será en ella donde la moral encuentre su relevancia en el proyecto existencial del hombre.

Pues bien, manteniéndonos en un plano moral, es innegable que la teoría de la libertad sartreana tiene algo que decir al respecto. Puesto que, ante el análisis de la mala fe, podemos afirmar la necesidad de una moral existencialista en donde el único precepto por el cual va a guiarse el hombre es la creación, la invención permanente. El hombre va a ser quien elija su propia moral, al comprometerse con la situación en la que se encuentra inmerso. Así, cada persona va a ser capaz de apegarse a la sabiduría de las naciones, o bien, establecer sus

¹⁷ Véase, Jean-Paul Sartre, *Cahier pour une morale*, Gallimard, París, 1983. Obra publicada de forma póstuma, pensada en un principio como la recopilación de comentarios y anotaciones morales, respecto a los cuestionamientos producidos sobre este tema durante la redacción de *El Ser y La Nada*.

propios principios a partir de su proyecto existencial. Por lo tanto, el hombre va a ser quien le dé en cierta forma, un sentido a su propia existencia absurda.

Considerando lo anterior, se puede pensar en la moral existencialista como una posible superación de la religión, ya que va a ser ésta quien le dé al hombre las herramientas necesarias para convertirse en su propio refugio, en su propia salvación y redención. Asimismo, el hombre va a aparecer aquí reemplazando la figura de Dios, pues en éste se encuentra el poder creativo e inventivo que necesita para existir auténticamente. De esta manera, podemos concluir que el proyecto existencialista de Sartre, buscaba sostener su propio ateísmo, ofreciéndole a la humanidad la oportunidad de recuperarse a sí misma, al permitirle la capacidad de sostener una posición coherente consigo mismo, sin la necesidad de recurrir a ningún mediador.

CAPÍTULO 2: EN BUSCA DE UN SENTIDO PRÁCTICO, *LAS MOSCAS*.

Hemos establecido en el capítulo anterior, que la libertad no es de ninguna manera reductible a un concepto. No obstante, que podemos acceder a ella, describiendo la relación intrínseca que hay entre libertad y existencia humana. Puesto que, al carecer ambas de esencia, estas deberán ser entendidas a partir de su participación en la estructura fundamental del hombre. Aquello nos llevará a definir al hombre sartreano, a partir de su existencia libre, responsable y sin excusas, ya que el mismo hombre no responderá a una concepción sustancial de sí mismo. Luego, a través de la *condena a la libertad* a la que es sometido el hombre, comprendimos que esta misma nos permitía experimentar la existencia de una manera auténtica o inauténtica, es decir, siendo una libertad que se quiere a sí misma por sí misma, o siendo una libertad que se niega a sí misma, respectivamente.

Justamente, encontramos en la posibilidad de negar la libertad del hombre, que la mayor expresión de esa negatividad se encontraba en la mala fe, la cual consistiría en la mayoría de las ocasiones, en tomar sobre sí mismo la mirada del otro. De este modo, evidenciamos que sería una labor prácticamente utópica, el desprendernos de nuestra mala fe, puesto que podemos padecerla incluso sin tener conciencia alguna de hacerlo. Por lo mismo, a pesar de que se crea en la posibilidad de recuperación, ya sea mediante la buena fe o la conversión, el hombre pareciera estar atravesado por la imposibilidad de una coherencia total consigo mismo. Así, el hombre permanecerá siempre en la errancia, al intentar escapar de algo de lo que no tiene escapatoria como lo es su propia existencia.

Ante aquello, podemos establecer que la errancia, en ambos sentidos de la palabra, es decir, tanto en el equivocarse como en el vagar, será algo que va a caracterizar a la realidad humana. Del mismo modo en que la utopía, palabra utilizada frecuentemente por Ortega y Gasset, caracterizará a cualquier actividad realizada por la humanidad. De tal manera que, entre utopías y errancias, siempre caminará el hombre, queriendo siempre llegar sin ni siquiera saber a dónde. Ciertamente, concentrarse demasiado en un camino que aún no hemos

visto ni recorrido, resulta a simple vista un tanto inútil. Por lo que la tierra que sentimos bajo nuestros pies debería ser nuestra única y principal preocupación.

Después de todo, aun cuando nos resulte más sencillo perdernos, inventarnos quimeras e interponer entre nosotros y la realidad montañas de humo, jamás podremos aferrarnos lo suficientemente a algo para lograr esquivar esa molestia que nos persigue mientras avanzamos. Pues, efectivamente, no hay nada que nos permita realmente evitar el enfrentarnos a la angustia producida por el descubrimiento sombrío y desesperanzador de uno mismo. Debido a esto, y ante la nula capacidad de dejar de padecer nuestra mala fe, es que pensamos que la recuperación total del hombre no es realmente posible. Puesto que, sin importar lo que hagamos o decidamos, la mala fe puede permear nuestra conciencia, incluso sin que nos demos cuenta de su presencia en nosotros.

En vista de lo anterior, y considerando que los fenómenos psíquicos a los que se le puede atribuir tal padecimiento, no son del dominio general de la mayoría de las personas es que suponemos que una teoría cuyo origen se encuentra en la conciencia humana, debe tener también un modo de exponer su formulación de una forma más bien práctica. Al fin y al cabo, la libertad humana es un asunto pertinente a cada persona, por lo que su grado de conocimientos en ciertos asuntos no debería representar obstáculo alguno para reflexionar sobre la misma. Por lo tanto, es necesario dirigir nuestra mirada hacia los textos en los que se exponga la libertad sin recurrir a una evidente carga conceptual. Aquello significa que debemos centrarnos desde ahora en los textos literarios de Sartre.

No obstante, antes de hacerlo, tendremos que establecer primero la relación existente entre la filosofía y la literatura. Puesto que así, llegado el momento, podremos comprender por qué no hay diferencia alguna entre el hombre que se nos presenta en *El Ser y la Nada* y el que se nos muestra en *Las Moscas*. Es más, a través de aquello, seremos capaces de admitir que no existe diferencia alguna en el hombre, presentado por Sartre, en cualquiera de sus escritos. Ya que si consideramos, que el hombre se juega en sí mismo su existencia y su libertad, podemos suponer que hay más de una manera en realizar la apuesta y, por ende, debe haber más de una manera de exponerla.

2.1 Filosofía y Literatura.

Anteriormente, en la *Introducción*, habíamos mencionado la importancia que se le otorgaría en la Francia del siglo XX a la relación existente entre la filosofía y la literatura. Esto se verá fielmente reflejado, en el caso de Sartre, en su búsqueda de un modo de escritura que permitiese vislumbrar y revelar la realidad humana en su condición más propia. Por lo mismo, Sartre contará con un número más bien reducido de textos teóricos, en comparación a las novelas y las obras teatrales que escribiría. Aquello se debe, principalmente, a que hay ciertas cosas a las que un ensayo filosófico sobre la existencia humana jamás podría acceder. Precisamente, aquella será la suposición que guíe a la investigación de aquí en adelante, ya que planteamos establecer *Las Moscas* como una suerte de continuación práctica de *El Ser y la Nada*.

Continuando con la relación que hay entre filosofía y literatura, se vuelve necesario encontrar un modo de comprender la manera en que cada una de ellas se desliza hacia la otra, y viceversa. Una de ellas es considerar que, al recurrir a la escritura literaria, la filosofía busca mediante la ficción, representar temas propiamente filosóficos. Aquello se debe a que la filosofía, plagada de conceptos abstractos, es insuficiente para llegar a comprender la verdadera capacidad de la existencia humana, puesto que al centrarse solamente en teorías, la filosofía tiende a olvidarse de la realidad concreta que rodea al hombre: éste existe, en primer lugar, antes que cualquier otra cosa. Por lo tanto, ya sea una novela autobiográfica, biográfica o sobre un personaje de ficción lo que se escriba, el autor siempre intentará acceder a aquello que la filosofía no puede abordar sin perder de vista al sujeto.

En cuanto a la literatura, podemos considerar que su interés en la filosofía es resultado de la necesidad de cuestionarse a sí misma. Poder responder a la interrogante: ¿Qué es la literatura? es una motivación más que suficiente para dirigirse a disciplinas filosóficas como la estética, para poder comprender de esa forma su propia composición y sus verdaderas intenciones. Por lo mismo, el primer paso que habrá de dar será diferenciarse de otras manifestaciones artísticas conocidas como la música, la pintura o la escultura, debido a que estas disciplinas sólo son capaces de lograr una visión parcelada del mundo en cada una de

sus obras. Y el segundo paso, será realizar una distinción al interior de la literatura, entre la poesía y la prosa.

De hecho, podemos encontrar en *¿Qué es la literatura?* de Sartre, que la poesía se encuentra en una posición más cercana al arte en general que a la literatura, a diferencia de la prosa. Aquello se debe a que, en comparación a la prosa, cuyos signos obtienen un laborioso significado, producto del arduo trabajo realizado por el prosista con las palabras, la poesía termina por decir poco o casi nada. Por lo tanto, la poesía no le anuncia nada al mundo, no lo revela ni lo interpela, solamente, lo interpreta. De este modo, solamente es capaz de reducir el mundo del poeta a un verso, un soneto o un poema. Asimismo, ocurre también con las pinturas o las esculturas, donde el mundo se ve reducido a un trazo, una técnica o la interpretación del espectador.

No obstante, existe otra distinción más importante entre poesía y prosa, sobre la cual centrarnos un momento, la cual corresponde al uso del lenguaje al que nos va a conducir cada una de ellas. Pues la poesía está al servicio de las palabras, mientras que la prosa se sirve de ellas. Una manera clara de ejemplificar aquello es la necesidad de censura que surge cada cierto tiempo en torno a ciertas lecturas que representan una clara oposición a un poder ya establecido¹⁸. Otra manera, es el caso de la ocupación alemana en Francia, en que obras de teatros, novelas y artículos de prensa, se reconocían a sí mismas como parte de la Resistencia, de lo cual podemos coincidir en que la escritura siempre estará al servicio de quien la requiera. Después de todo, los escritores de la Resistencia, eran escritores que se oponían, y no opositores que escribían.

Volviendo al rechazo producido por la poesía en una primera instancia, debido a que su decir no es considerado ni válido ni concreto, ya que consiste mayormente en alegorías, ensoñaciones e interpretaciones idílicas del mundo, encontramos que esto no es nada nuevo en la filosofía. Ya lo pensaba Platón en su momento, al declarar la necesidad de expulsar de

¹⁸ La prohibición de ciertos libros y autores, es algo recurrente en la historia de la humanidad, sobre todo cuando se alza en algún lugar un poder totalitario. No obstante, el caso más emblemático que podemos traer a colación es el Índice de la Iglesia Católica, en la cual incluso el nombre de Jean-Paul Sartre y otros contemporáneos se encuentran presentes.

la polis a los poetas en el libro X de *La República*, puesto que éstos no son capaces de decir verdad alguna, y si la dicen, son sólo verdades a medias o sombras de éstas. Sin embargo, si tenemos en consideración el poema de Parménides, sobre las propiedades del ser, podemos diferir un poco respecto a la capacidad de la poesía en decir algo sobre asuntos filosóficos, ya que, de no ser así, no tendría ningún sentido que siguiéramos estudiando y discutiendo obras poéticas dentro de la filosofía.

Continuando con Sartre, y retomando otro tema que habíamos señalado previamente en la *Introducción*, nos detendremos brevemente en los principales problemas del decir, ateniéndonos a una visión orteguiana del asunto. Como ya lo habíamos dicho anteriormente, Ortega y Gasset, considera que todo decir sufre de dos problemas: el ser deficiente o el ser exuberante. Asimismo, el lenguaje tiene por condición, enfrentarse continuamente con aquello que es inefable y lo que es inefado, es decir, aquello que no puede decirse y aquello que no se dice porque se da por entendido, respectivamente. De este hecho, podemos comprender que las palabras, mentadas una por una, no dicen nada en realidad, si no se les da un sentido previamente, el cual puede provenir perfectamente desde las circunstancias del autor o las del lector propiamente tal.

De esta manera, manteniéndonos dentro de la teoría orteguiana todavía, podemos llegar a comprender junto a Sartre también, los distintos niveles con los que puede contar el decir, al momento de realizarse, los cuales consisten en los siguientes: Lo que el autor quería decir; lo que de hecho dijo el autor, queriéndolo o no decir; y la repercusión de lo que el autor ha dicho y hecho con su obra, es decir, lo que se hace con el decir. Así, la naturaleza utilitaria del lenguaje queda en evidencia, permitiéndonos llegar a la conclusión de por qué la poesía no puede considerarse suficiente a la hora de decir algo, como podemos ver a continuación:

“El hombre que habla está más allá de las palabras, cerca del objeto; el poeta está más acá. Para el primero, las palabras están domesticadas, para el segundo, continúan en estado salvaje. Para aquél, son convenciones útiles, instrumentos que se gastan poco a poco, y de los que uno se desprende cuando ya no sirven; para el

segundo, son cosas naturales que crecen naturalmente sobre la tierra, como la hierba y los árboles”¹⁹.

El hablar tiene un carácter notoriamente utilitario, debido a que siempre se pretenderá dar con alguna cosa, cuando decimos algo. Así, la palabra será considerada una especie de proyectil, el cual siempre estará dispuesto a dar en el blanco, pues de lo contrario, sería mejor permanecer callado. La poesía, en este caso, es silenciosa, ya que no encuentra en las palabras su sentido confrontativo, ella no busca generar una réplica o una respuesta, mucho menos un conflicto. Por lo que la literatura, sólo puede encontrar en la prosa su capacidad de actuar a través del habla. De esta manera, la literatura y la filosofía hallarán su principal punto de encuentro en la posibilidad de poner de manifiesto al hombre en sus escrituras, permitiéndole contemplarse a sí mismo.

Ante lo anterior, Sartre declarará que al escribir se debe partir por suponer la libertad del lector, al mismo tiempo que se supone la libertad del escritor. Pues, en principio, cualquier actividad del hombre debe partir desde la base de la libertad humana. Lo que escribo exige que yo sea libre, y al mismo tiempo, que me dirija a un público igualmente libre, ya que el único fin de la escritura es la libertad del hombre. “Por ello, sea ensayista, folletinista, satírico o novelista, hable solamente de las pasiones individuales o arremeta contra el régimen de la sociedad, el escritor, hombre libre que se dirige a hombres libres, no tiene más que un tema: la libertad”²⁰.

2.2 Literatura y Compromiso.

Y bien, ya que no hay otro asunto sobre el cual referirnos a la hora de escribir, es necesario dirigir nuestra mirada hacia lo que representará la escritura comprometida, al momento de escribir sobre la libertad. Así, apoyándonos en el escrito de Benoît Denis sobre *Littérature et engagement*, podemos determinar a la literatura comprometida desde dos

¹⁹ Jean-Paul Sartre, *¿Qué es Literatura?*, Losada, Buenos Aires, 1967, p. 46.

²⁰ *Ibidem*, p. 83.

aspectos: Primero, que corresponde a un fenómeno que sitúa a Jean-Paul Sartre como figura central, con un marcado carácter político, y una creciente urgencia e inclinación hacia la revolución. O, que, en realidad, es una tradición que se ha dado a lo largo de la historia francesa, desde la época de Voltaire y Víctor Hugo; en tanto que ellos se habían preocupado por las condiciones de la vida y los valores humanos.

En la escritura comprometida, el escritor al ser un hombre libre, también termina por enfrentarse en sus escritos con la imposibilidad de la no-elección. Así, a la hora de escribir, la elección se desplaza hacia el decir, exigiendo que el escritor diga algo, quiera o no quiera hacerlo, puesto que incluso cuando existan los silencios, las palabras no dichas son capaces de decir algo. De esta manera, en la escritura comprometida, no se pondrá únicamente en prenda la palabra del autor, sino también a su propia persona. “De ce fait, s'engager relève d'une décision d'ordre moral, par laquelle l'individu entend mettre en accord son action pratique et ses convictions intimes, avec tous les risques que cela comporte”²¹.

Por consiguiente, el compromiso ético que se realiza en la literatura se identifica con la elección que cada hombre hace por el hombre, a la elección de un cierto tipo de humanidad. No obstante, ya es momento de reconocer que la literatura no debe ser la única en comprometerse, aunque Sartre pensara lo contrario. Pues, es necesario recordar que el compromiso es una obligación de la que no podemos escapar, incluso cuando tratemos de ocultar nuestra responsabilidad sobre ciertos actos que nos parecen ciertamente ajenos a nosotros. Por lo que, como dice Frédéric Gros perfectamente, debemos comprender que:

“Ser intelectual, artista, escritor, pero quizá, de un modo más fundamental, tomarnos en serio nuestro oficio, nuestro destino de «hombre», significa obligarnos al compromiso, a la toma de partido y llegado el caso, a la lucha. Porque la neutralidad es una opción: la de la complicidad pasiva”²².

²¹ Benoît Denis, *Littérature et engagement*, Éditions du Seuil, París, février 2000, p.32.

²² Frédéric Gros, *Desobedecer*, Taurus, Barcelona, 2018, p.161.

La escritura comprometida exige al autor llevar a cabo no sólo su compromiso, sino también su responsabilidad, su deber. La propia existencia, sin importar si se es o no escritor, lo exige. Precisamente, porque la responsabilidad y el compromiso son exigencias provenientes de la libertad del hombre, es que estos son asuntos de los que uno no puede desatenderse, ni tampoco descuidarse. Por lo mismo, no es casualidad alguna que el trinomio conformado por la libertad, la responsabilidad y el compromiso, sea algo que se repita constantemente en las obras sartreanas, tal que sea este el eje central del existencialismo sartreano.

Otra cosa que suele repetirse insistentemente en los escritos sartreanos, es la idea de actualidad. El presente, y su urgencia, es lo único que importa al momento de hablar del hombre. Por lo tanto, ninguna de sus obras estaba pensada desde la perspectiva de ser recogidas en la posteridad, ya que Sartre escribió para sus contemporáneos y nadie más. Después de todo, su tipo de escritura surge desde una conciencia plena de la urgencia del aquí y el ahora. Por lo mismo, lo que hacemos aquí, al intentar hacer resurgir su figura, se podría suponer completamente erróneo en un principio. Sin embargo, lo que se planea sostener en realidad en esta investigación, es que a la época a la que Sartre se enfrentaba, no difiere mucho de la actualidad.

Y bien, si tomamos a Sartre de ejemplo de cómo debe ser un escritor comprometido, podemos suponer que el compromiso consiste básicamente en tener que estar siempre al frente, en primera línea. No por nada Sartre ha sido ampliamente reconocido por hacer eco de las causas sociales en sus escritos. Así, temas como la ocupación alemana y la Resistencia, la guerra entre Francia y Argelia o el movimiento estudiantil de 1968, entre muchos otros, encontrarán su voz en las palabras de Sartre. De este modo, el escritor comprometido, siempre se encuentra a la vanguardia de los sucesos, siempre en estado de alerta, dispuesto a decir algo al respecto. Pues, ese es su principal deber, el decir, el denunciar, el evidenciar, el revelar al otro lo que se piensa que se desconoce.

Tener el *deber* es lo mismo que tener la responsabilidad, por lo que el escritor comprometido puede considerarse prácticamente la encarnación de lo que es un hombre libre.

Pues, en primer lugar, él reconoce cuando escribe, su libertad y la del lector. A su vez, es consciente de la responsabilidad que tiene consigo mismo y con los demás, esperando que quienes lo lean tengan conciencia de lo mismo. Por último, es capaz de asumir su compromiso, suponiendo que el resto también lo hará. De esta forma, el escritor comprometido, particularmente, un escritor como lo fue Sartre, es capaz de reconocerse a sí mismo como un hombre libre, responsable y sin excusas.

Por consiguiente, el escritor comprometido buscaría reproducir ese mismo estado en sus lectores, al menos esa debería ser una de las principales motivaciones que guíe su pluma. Puesto que la libertad, único y excepcional tema de cualquier obra, también es el exclusivo motivo por el cual se deberían hacer todas las cosas. Así, podemos concluir que la razón por la que ningún escrito nos resulta verdaderamente indiferente, es la imposibilidad que encuentra el lector de no responder o hacer una réplica. Debido a que si “El escritor es un hablador: señala, demuestra, ordena, niega, interpela, suplica, insulta, persuade, insinúa”²³, el lector es un contestador por excelencia.

Y aunque el lector se nos presenta mayoritariamente ausente, no debemos olvidar que sin su presencia, todo perdería sentido. Por lo mismo, no deberíamos desvalorizar la importancia de su participación en el proceso creativo, sobre todo si tenemos en cuenta que el escritor incurre la mayoría del tiempo en alguna forma de provocación. Éste nos está siempre empujando a decidir, nos exige que lo hagamos, nos obliga a tomar continuamente una posición respecto a lo que nos dice. Por lo que respecta a Sartre, podemos declarar sin apresurarnos demasiado, que éste habría recurrido a la escritura comprometida, precisamente, para defender ante cualquiera la única verdad que él defendería siempre, la libertad del hombre. Después de todo, su vida entera, ya sea intelectual o socialmente, se consagró a sostener esa realidad.

2.3 De *El Ser y la Nada* a *Las Moscas*.

²³ Jean-Paul Sartre, *op.cit.*, p. 51.

En vista de lo expuesto anteriormente, la presente investigación va a sostener que no hay una real diferencia entre los textos teóricos y los textos literarios de Sartre, debido a que solamente hay un tema transversal en ellos, la libertad. De este modo, si nos dirigimos hacia *El Ser y la Nada*, específicamente al apartado sobre la libertad, podremos observar que un ensayo con marcado carácter ontológico también puede comprenderse desde un ámbito moral a la hora de preguntarnos sobre las diversas maneras en que puede expresarse la libertad humana. De ahí que podamos llegar a dilucidar que serán esos mismos cuestionamientos morales los que encontraremos representados en la obra teatral *Las Moscas*.

Precisamente, si tenemos en cuenta que cada uno de los personajes de *Las Moscas*, estará marcado por una decisión y por un acto que determinará su proyecto existencial, podremos deducir que Sartre se dedicará en esta obra a reforzar ciertos tópicos filosóficos que podemos encontrar en *El Ser y La Nada*. De esta forma, temas como la imposibilidad de la indecisión, la inmensidad de la responsabilidad humana y la obligación del compromiso, entre muchos otros; estarán presentes en cada uno de los actos de la obra. Por lo tanto, podemos llegar a la conclusión de que Sartre se encargará de proyectar desde la perspectiva de todos los personajes, las implicancias que se derivan del simple hecho de ser seres libres.

Para poder comprender, justamente, la necesidad de recurrir a una obra de teatro para poder expresar las consecuencias atribuibles a nuestro tipo de existencia, se hace preciso recurrir a otro ejemplo para hacerlo. Por lo mismo, dirijamos nuestra reflexión hacia un caso más general:

Hay un soldado que se niega a servir a su nación, ya que, al hacerlo, podría llegar a lastimar a personas inocentes. Ciertamente, no tiene un carácter pacifista, pero tampoco tiene una marcada inclinación hacia la violencia. De todos modos, él se opone, aun cuando para sus superiores aquello representa la traición. En fin, lo terminan encarcelando. Ahora, nos podemos preguntar desde una perspectiva sartreana, ¿ha dejado de ser libre? No, en realidad, es más libre preso que habiendo obedecido, puesto que al obedecer una orden que no coincide con su proyecto existencial, éste habría dejado de existir como tal. Aquí, la desobediencia, significa

la sobrevivencia de ese yo que considera que es él mismo. La existencia se presenta, en este caso, como resistencia.

A través de este ejemplo se hace inevitable concluir que la existencia humana no puede prescindir de un contexto sobre el cual ser comprendida. Sobre todo, teniendo en cuenta que la libertad puede darse únicamente en situación, y viceversa. Por lo tanto, al recurrir a una obra de teatro para poder poner de manifiesto los conceptos abstractos de un escrito teórico, se tiene por principal intención otorgarle al lector una situación sobre la cual dirigir su reflexión. Así, sin la idea de las circunstancias que rodean al soldado, podríamos llegar a suponer que su desobediencia se debe a su cobardía, y no a una defensa de su proyecto existencial. Lo mismo ocurriría con los personajes de *Las Moscas*, los cuales nos parecerían inmorales o fastidiosos, si no comprendiéramos que allí se ponen en acción todos los aspectos de la libertad sartreana expuestos en *El Ser y La Nada*.

El ejemplo del soldado, no solamente nos sirve para comprender el problema de no contar con una situación, al momento de describir la libertad humana, sino también, para realizar una comparación entre él y los ciudadanos de Argos. Pues, en una primera instancia, el soldado nos podría llegar a parecer más libre que los ciudadanos de Argos, debido a que estos últimos se encuentran aplastados por su arrepentimiento. La culpa se ha convertido en el proyecto existencial de cada uno, desde que nadie fue capaz de decir algo, cuando Agamenón fue cruelmente asesinado a manos de Egisto. No obstante, avanzando un poco en la lectura, comprendemos que los ciudadanos de Argos, no han elegido realmente la culpa, puesto que aquello es una mera ilusión creada por Egisto para ocultarles el hecho de que todos habían sido cómplices de su crimen.

Ante aquello, podemos deducir una importante conclusión, los ciudadanos de Argos actúan de mala fe, puesto que, a diferencia del soldado, ellos se dedican a ocultar de sí mismos la responsabilidad que tuvieron en el crimen cometido contra su rey. Después de todo, ellos piensan que están pagando el crimen de Egisto, no el suyo propio. Incluso cuando se dedican a hablar de sus culpas, ellos nunca hablan de la responsabilidad que tuvieron en las acciones de los otros. Sartre nos demuestra aquí, los males de la indiferencia producidos por la creencia

de no tener otra opción. Por lo tanto, al posicionar en medio de los ciudadanos de Argos a una figura como la de Orestes, Sartre no busca nada más que sostener lo siguiente: “El hombre no puede ser ora libre, ora esclavo: es enteramente y siempre libre, o no lo es”²⁴.

Por lo mismo, la incapacidad de decisión autónoma por parte de los ciudadanos de Argos, junto a su conflicto permanente con una libertad que no desean y aun así la tienen, provocará que la existencia se vaya desgastando. La existencia se irá cubriendo de una opacidad, al mismo tiempo que las moscas irán carcomiendo la carne de los ciudadanos. Aquello se debe a que al no elegir(se), la existencia va ir pereciendo, como podemos ver en el caso del escribiente de Herman Melville, quien encontrara la muerte al declarar y actuar acorde de la siguiente premisa: *I would prefer not to*²⁵. De esta manera, los ciudadanos de Argos, no serán más reales que los fantasmas que recorren las calles durante el aniversario del asesinato de Agamenón.

Como podemos apreciar a grandes rasgos, *El Ser y la Nada* y *Las Moscas*, representan una especie de conjunto, conformado para provocar e incitar al hombre a reflexionar sobre sí mismo, desde dos aspectos de escritura diferentes. En ellos, podemos encontrar que, a través de la teoría y la práctica, se pondrá constantemente de manifiesto la libertad del hombre. De hecho, la necesidad de poner en práctica la teoría, puede surgir por la sensación de escasez que produce al lector, incluso tal vez al autor, el ejemplo del *garçón de café* o *la coquette*, ya que estos ejemplos son demasiado técnicos para comprenderlos en la vida real. En cambio, a través del mito, Sartre es capaz de entregarnos más especificaciones, partiendo por otorgarnos la situación y las circunstancias, bajo las cuales podemos comprender y juzgar los actos de cada personaje.

Aunque esta investigación se centre en la lectura de *Las Moscas* en relación a *El Ser y La Nada*, no podemos desentendernos de la lectura política que se puede realizar de la misma. Después de todo, para el Sartre de la Segunda Guerra Mundial, la imposibilidad

²⁴ Jean-Paul Sartre, *op.cit.*, p, 546.

²⁵ Véase, Herman Melville, *Bartleby, el escribiente*. En la fórmula «I would prefer not to», el escribiente elige la anulación de todas sus posibilidades, por lo tanto, perece. La existencia termina, allí donde acaba la decisión.

de la no-elección ya era un hecho. Por lo tanto, no ha de sorprender que, en su escritura, este asunto se presentara como la imposibilidad de no decir nada sobre la situación en la que se encontraba Francia. Precisamente, aquello lo podemos dejar previamente demostrado al traer a colación la obra *Bariona*, un misterio de Navidad que escribió Sartre en 1940, durante su estancia en un campo de prisioneros en Alemania. En aquella obra, Sartre narrará la ocupación histórica de Palestina por parte de los romanos, haciendo de la elección, su principal punto de apoyo.

Ingrid Gladster, respecto a lo anterior, va a declarar que “*Bariona* es en muchos aspectos una prefiguración de *Las Moscas*”²⁶. Y bien, considerando que el contenido de *Las Moscas* se va caracterizar por describir la experiencia de un individuo eligiéndose a sí mismo como libertad, en medio de una situación determinada, no podríamos estar en desacuerdo. Justamente, porque la importancia que adquirirá la elección en *Bariona*, se mantendrá en las siguientes obras. Del mismo modo que la mala fe se encontrará igualmente en *A puerta cerrada*, *Las Horas* o *Los secuestrados de Altona*. Así, queda más que demostrado que a pesar de contar con diferentes tipos de escritos, el corpus sartreano cuenta de una unidad y una uniformidad.

Retomando el carácter político que posee *Las Moscas*, rescataremos brevemente el ideal de enviar un mensaje subversivo por parte de Sartre a los ciudadanos franceses durante la ocupación alemana. El mensaje era simple, sencillo y discreto: *¡No arrepentirse!* No importaba si habías realizado atentados en contra de la ocupación, si eras un colaboracionista, o simplemente, te habías abstenido de dar tu opinión al respecto; no debes arrepentirte de tu decisión, y punto. Lamentablemente, tal mensaje no recibió la respuesta esperada, debido a que causas propias del teatro al montar la obra, distrajeron al público de la verdadera intención que tenía Sartre al escenificarla bajo el régimen de la ocupación, ser una pieza de la Resistencia.

²⁶ Ingrid Gladster, “El poder precario de la literatura: Las Moscas de Sartre en 1943”, *Universitas Humanística*, N° 28, pp. 55-66.

CAPÍTULO 3: UN ANÁLISIS TEÓRICO DE *LAS MOSCAS*.

En el capítulo anterior, nos dedicamos a desarrollar aquellos puntos en común, que existen entre la filosofía y la literatura, con tal de justificar nuestro interés de estudiar conjuntamente, dos obras que han sido escritas desde diferentes perspectivas de la realidad. De esta manera, hemos logrado evidenciar la forma en que cada una de estas disciplinas se dirige hacia la otra, y viceversa, en tanto que ambas buscarán en la otra aquello que le sea útil para llegar a desarrollarse a cabalidad. En el caso de Jean-Paul Sartre, pudimos demostrar con claridad, cómo es que sus pensamientos se dispersaron entre ambas disciplinas, conformando un corpus unificado y uniforme, al tener en cuenta el hecho de que todas sus obras tenían un único propósito y objetivo, el explorar desde todos los ámbitos posibles la libertad del hombre.

Justamente, porque la libertad humana va a permear cada tipo de instancia, es que sin importar el texto ante el cual nos presentemos, la libertad será un tema inevitable de tratar en ellos. De modo que, ya sea de una forma sutil o más radical, las palabras de cada escritor, es más, las palabras de cada persona, tendrán por fin el expresar su propia relación con la libertad. Por lo mismo, pareciera justo el exigirle a cualquier sujeto una absoluta coherencia consigo mismo, aun cuando la mayoría de las veces esto se encuentre condenado al fracaso. Con esto, queremos decir que, a pesar de no haber una coherencia acérrima entre los textos sartreanos y la vida de Sartre, podemos afirmar que sí hubo un cierto intento de alcanzar una coherencia entre ambos.

En cuanto a la escritura comprometida, la cual tiene directa relación con lo que acabamos de mencionar, podemos llegar a la conclusión de que aquella no es nada más que el resultado de la comprensión del autor de su existencia libre. Puesto que, una vez admitida nuestra libertad, la cual demostraría rápidamente limitar sólo consigo misma, ésta nos permitiría elegirnos libremente a la hora de escribir, sosteniendo esa misma elección a través de cada una de nuestras palabras. De este modo, la escritura comprometida, la definimos como la elección ética del autor, respecto al proyecto de humanidad y al tipo de hombre que

se va a desprender de su obra. Por lo tanto, podemos establecer que el deber de cualquier escritor es manifestar a través de sus obras, la libertad, la responsabilidad y el compromiso, que exige toda existencia humana tal que incite a sus lectores a hacer lo mismo en sus vidas cotidianas.

En resumen, hemos establecido las bases suficientes para sostener que en el caso de Sartre, podemos apreciar que los mismos cuestionamientos se pueden expresar en diferentes tipos de textos, lo cual nos da un sustento suficiente para emprender ahora un análisis teórico de *Las Moscas*. Tal análisis tiene por intención y finalidad el justificar nuestra hipótesis de investigación, la que va a sostener que *Las Moscas* es una obra donde se presenta el proyecto de una moral existencialista, propuesta por Sartre previamente en *El Ser y la Nada*. Puesto que, si tenemos en cuenta que los tres ejes principales que guían la moral existencialista sartreana se encuentran presentes en cada acto de la obra, podremos llegar a concluir que la promesa del autor de dedicarse en una próxima obra a explorar la libertad desde una perspectiva moral, se llevó a cabo en la obra teatral de *Las Moscas*.

Por consiguiente, para llevar a buen término lo que aquí proponemos, dividiremos la obra en tres temas centrales. En primer lugar, desarrollaremos la relación existente entre Orestes y la libertad, dando énfasis a la elección que marcará su proyecto existencial. Luego, nos enfocaremos en la figura de Electra, en la que la mala fe se presentará mayoritariamente en su esperanza de ser rescatada, ya sea por su hermano exiliado, por el poder de su arrepentimiento o el abrazo de los dioses. Por su parte, también nos dedicaremos a desarrollar el sistema de creencias del pueblo de Argos que lleva la cultura del arrepentimiento sobre sus hombros. Por último, abordaremos el problema que representa la predestinación, las creencias en general, y cómo es que el rechazo a la divinidad, es el primer paso para el reconocimiento de la libertad humana.

3.1 Orestes y la libertad.

Las Moscas, es un drama en tres actos, en los cuales podemos presenciar el regreso de Orestes a su tierra natal, en donde le espera un oscuro pasado y una decisión en la que se

pondrá en juego su libertad. A diferencia de los demás ciudadanos de Argos, Orestes se nos presenta casi de inmediato, como un hombre que se reconoce libre. De este modo, Orestes va a representar la figura de una existencia auténtica, en tanto que a pesar de conocer el destino abrumador que le espera en las puertas del palacio, éste se sabe con el poder de rechazar la imposición que determinaría su vida: el vengar el asesinato de su padre Agamenón y sacar del poder al usurpador Egisto. No obstante, como veremos más adelante, aquello no resultará tan sencillo como pareciera en un principio.

En fin, al inicio de la obra, se nos muestra a un Orestes preparado para enfrentar el desafío de hacerle frente a un pasado que no le pertenece, ya que ha vivido una vida completamente diferente los últimos quince años. De este modo, un hombre ajeno a sí mismo, educado en el escepticismo por su acompañante, el Pedagogo, se encontrará con una ciudad que se derrumba en supersticiones. Con una ciudad que se encuentra apresada por el crimen y el castigo producido por el asesinato y posterior usurpación de su legítimo rey, Agamenón. Con una ciudad sumergida en una atmósfera de culpabilidad de parte de sus ciudadanos, quienes se ven afectados por la presencia de las moscas de la carne, las cuales parecieran alimentarse del arrepentimiento de las personas del pueblo.

De esta manera, a partir de lo que hemos mencionado hasta el momento, podemos establecer dos tipos lecturas de la obra, una filosófica y otra política. Así, en cuanto a la filosófica, podemos declarar que Orestes se nos muestra como el arquetipo de la libertad ontológica desarrollada en *El Ser y La Nada*, puesto que en él se van encarnar los principales fundamentos de la libertad sartreana. De modo que el proyecto original de Orestes, el cual se irá explorando a lo largo de la obra, nos va a resultar una suerte de guía práctica para comprender nuestro propio proyecto. Puesto que aquí podemos encontrarnos con el ejemplo de cómo los esfuerzos conducentes a un único acto se proyectarán de una determinada manera a lo largo de la existencia de su perpetrador. A menos, por supuesto, que a través de un acto aún más significativo que el anterior, el sujeto que lo había realizado, pueda elegirse radicalmente diferente.

En cuanto, a la lectura política de la obra, ella tendrá directa relación con la ocupación alemana en Francia, ya que, ante los ojos de Sartre, el pueblo de Argos y el pueblo francés, sufrirán de la misma enfermedad: el arrepentimiento. De esta manera, a través de la explicación que nos ofrece Júpiter respecto a la peste que afecta a la ciudad, podemos hallar la primera figura del arrepentimiento: el cómplice pasivo. La figura del cómplice pasivo, será entendida como aquella persona que, habiendo presenciado una injusticia, no ha dicho ni hecho nada al respecto. Precisamente, aquello fue lo que les sucedió a los ciudadanos de Argos, quienes se habían convertido en cómplices pasivos del crimen de Egisto, al no decir nada al momento de ocurrir el asesinato de Agamenón. De este modo, Sartre va a poner a un mismo nivel, la traición con la omisión, debido a que la última, puede propiciar perfectamente la primera.

Continuando con el regreso de Orestes a su ciudad natal, podemos descubrir mediante una de sus discusiones con el Pedagogo, que su libertad radica en la ligereza de su espíritu, producida por la ausencia de un pasado que lo sujetara realmente a alguna cosa. Puesto que, el Orestes que había existido alguna vez en Argos, ya se había perdido hace mucho tiempo en su memoria, debido a la edad en la que fue exiliado de su hogar, mientras que el Orestes de Atenas o el de Corinto, nunca habían sido reconocidos por Orestes como él mismo. Por lo que, esa dicotomía entre el Orestes de allá y el de acá, encontró en el Orestes que se muestra en el regreso, una cierta estabilidad, hasta el momento oportuno en que éste cometa su acto y se establezca así su propio camino. De modo que, Sartre nos ratificará su postura de *El Ser* y *La Nada*, precisamente a través de las siguientes palabras de Orestes a su hermana: “Te digo que hay otro camino... mi camino... ¿No lo ves?”²⁷.

De hecho, si nos apegamos fielmente al texto, podemos apreciar que en la mayor parte de la obra Orestes nunca se muestra decidido, ya que siempre se encuentra postergando su decisión hasta el último momento. Su acto, no se define hasta el final, puesto que él mismo no puede elegirse sino hasta el final. Y cuando lo hace, lo hace eligiéndose una suerte de libertador, puesto que esa es la principal consecuencia que trae consigo la libertad sartreana.

²⁷ Jean-Paul Sartre, *Las Moscas*, Losada, Buenos Aires, 1948, Acto II, Escena IV, Línea 66.

Debido a que “no puedo tomar mi libertad como fin si no tomo igualmente la de los otros como fin”²⁸. Por lo mismo, cuando Orestes toma su decisión, lo hace pensando en los ciudadanos de Argos, y no en sí mismo, ya que lo hace pensando en la posibilidad de otorgarle a sus compatriotas la oportunidad de salvarse del arrepentimiento. De cierta manera, Orestes y Sartre se identificarán considerablemente en este aspecto.

Ahora bien, la única forma que Orestes concibe para salvar a sus súbditos es apropiándose de los arrepentimientos de los ciudadanos de Argos, los cuales se mantenían en sus corazones debido a las supersticiones y la cultura del arrepentimiento que había fomentado Egisto al coronarse como su rey. Por lo tanto, cuando Orestes le pregunta a Electra: “Dime, ese día, cuando esté obsesionado por remordimientos más numerosos que las moscas de Argos, por todos los remordimientos de la ciudad, ¿no habré adquirido derecho de ciudadanía?”²⁹, comprendemos que el acto que ha de cometer Orestes, va a terminar con su ligereza de espíritu, por lo que su decisión deberá ser respaldada por una tierra en donde sostener su peso.

Volviendo a la lectura política de la obra, podemos presenciar que al realizar Orestes su acto, el cual no será otro más que asesinar a Egisto y a su madre, que Egisto representará a la segunda figura del arrepentimiento: el criminal o terrorista. La califico como criminal o terrorista, debido a que las circunstancias, bajo las que se dieron ambas situaciones a comparar, son muy diferentes. No obstante, Sartre pretenderá hacer una correlación entre el asesinato del rey por parte de Egisto, y los atentados terroristas producidos bajo la ocupación, pues muchos de sus autores se arrepintieron de cometer tales actos, al igual que Egisto se arrepentiría de su crimen, al no sopesar el peso que debería cargar sobre sus hombros. Por supuesto, tal peso no es otro más que el arrepentirse de su legítimo derecho a ejercer y proclamar su libertad.

²⁸ Jean-Paul Sartre, *op.cit.*, pp. 77-78.

²⁹ Jean-Paul Sartre, *op.cit.*, Acto II, Escena IV, Línea 72.

En consecuencia, Orestes aparecerá a la hora de cometer su crimen, como una reivindicación de la libertad. Ya que una libertad que se aprecia como tal, no conoce de cuestionamientos morales, juzga las decisiones después y no antes de realizarlas. De esta manera, Sartre les ofrecerá a quienes, en favor de la justicia, han llegado a faltar a la misma en su búsqueda de retribución, una justificación que los salve del arrepentimiento. Tal justificación, la podemos encontrar en la siguiente afirmación: “¿Qué me importa Júpiter? La justicia es asunto de hombres y no necesito que un Dios me lo enseñe. Es justo aplastarte, pillo inmundo, y arruinar tu imperio sobre las gentes de Argos; es justo restituirles el sentimiento de su dignidad”³⁰. Pues en ella, se encuentra la respuesta que obtuvo Egisto, al preguntarle a Orestes sobre su incapacidad de arrepentirse, la cual evidenciará que la justicia se relacionará más con la libertad que con la moral.

Por supuesto, desde una perspectiva social, esa también debería ser la respuesta que obtengan, todos aquellos que, en busca de un beneficio personal, intenten coartar o impedir de cualquier forma la libertad de los demás. Pues, no hay peor crimen que negarle su posibilidad de elección a quien ha sido arrojado a la existencia siendo libre. Claramente, no queremos que se interprete por esto que en las palabras de Sartre exista un llamado a la violencia, ya que justifica en cierto modo los actos violentos producidos durante la ocupación. Por el contrario, lo que queremos decir aquí es que aun cuando la violencia no deja de ser una posibilidad factible y válida, según las circunstancias y la situación en la que se dé la opresión ejercida sobre uno, lo que verdaderamente importa es la absoluta resolución que tengamos respecto a nuestros actos. Pues, el arrepentirse sólo sirve para demostrar una falta de convicción, ensuciando cualquier acción dirigida a algo tan noble como lo es la liberación de los oprimidos.

Y bien, dejando aquella aclaración de lado, podemos declarar sin duda alguna, que lo que Sartre planeaba demostrar a través del personaje de Orestes es lo siguiente: “El hombre se hace; no está hecho desde un principio, se hace al elegir su moral, y la presión de las

³⁰ *Ibidem*, Segundo Cuadro, Escena VI, Línea 9.

circunstancias es tal que no puede dejar de elegir una”³¹. Por consiguiente, lo que pretende sostener Sartre, mediante la elección del proyecto existencial de Orestes, es demostrar la forma en que se produce tal elección, y la manera más óptima en que debería darse. Pues, Orestes es aquel hombre que se sabe libre desde un principio, por lo que se va a elegir y desear libre, puesto que la libertad es lo único que conoce su existencia. De modo que, si Orestes no fuese ni se eligiese como esa libertad pura y contingente, no sería libre, ni siquiera sería él.

3.2 Electra, la mala fe y la sabiduría del pueblo de Argos.

Continuando con nuestro análisis teórico de *Las Moscas*, ha llegado el momento de centrar nuestra atención en un nuevo personaje, Electra, la hermana de Orestes. Una joven singular que se nos muestra también diferente al resto de los ciudadanos de Argos, en tanto que su mala fe va a permitirle en una primera instancia, alejarse de aquello a lo que vamos a referirnos como la sabiduría del pueblo de Argos. Por lo mismo, para entender la importancia que tiene la figura de Electra para nuestra investigación, es necesario desarrollar su relación con la mala fe y la sabiduría de las naciones, elementos que se presentarán en *El Ser y La Nada* y *El Existencialismo es un Humanismo*, puesto que así lograremos comprender por qué se nos presenta a su personaje como una suerte de opuesto complementario de Orestes.

En primer lugar, para realizar aquello, dividiremos la mala fe de Electra en tres etapas, las cuales irán cambiando a medida que las circunstancias se vayan modificando. De esta manera, podremos apreciar cómo es que su mala fe, va a terminar conduciendo a Electra hacia aquello que rechazaría con fuerza en un principio, el arrepentimiento generalizado de Argos. En segundo lugar, retomando los argumentos que entreguemos respecto a la última etapa de la mala fe de Electra, desarrollaremos la posibilidad de encontrar en la sabiduría de las naciones, una posible forma de padecimiento colectivo de la mala fe. Así, demostraremos cómo la mala fe se dirige hacia nosotros desde distintas direcciones y desde diferentes aspectos.

³¹ Jean-Paul Sartre, *op.cit.*, pp.73-74.

La primera etapa de la mala fe de Electra, es aquella en la que se presenta la idea de predestinación o destino. Ésta la podemos ver al inicio de la obra, cuando se caracteriza a Electra como una joven escéptica del poder de los dioses, en clara oposición al régimen de Egisto, con un profundo resentimiento contra su madre, y, aun así, con una esperanza acérrima en ser rescatada por su hermano en el exilio. Puesto que, para ella, su destino dependía absolutamente de Orestes. De este modo, Electra va a pertenecer en una primera instancia, a ese grupo de personas que experimentan sus existencias como si todo ya estuviese escrito en el cielo infinito. Por lo mismo, no ha de sorprender que Electra sea la responsable de poner en acción el destino de los Atridas, una vez que descubre la verdadera identidad de Orestes.

Respecto a esto, podemos reafirmar lo que decíamos al principio, al contemplar desde ya la manera en que Electra se va a ir configurando como una especie de opuesto dialéctico de Orestes, en tanto que ella siempre representará una posición contraria a la de éste, ya sea en un ámbito moral, religioso o incluso político. De esta manera, la primera contradicción que se presenta entre ellos, será la percepción que tiene cada uno sobre la forma en que suceden las cosas, puesto que, mientras Orestes va a proclamar la libre contingencia en cada evento, Electra va a mantener el peso de sus acciones bajo el pretexto de la necesidad y el destino. Por lo que, a simple vista, podemos concluir que la libertad a la que aspira Electra, al esperar ser rescatada por su hermano, es muy distinta a la libertad pura que representa Orestes.

La segunda etapa de la mala fe de Electra, una vez ocurrida la revelación de la identidad de Orestes y su posterior aceptación de ayudar a su hermana en la empresa de vengar a su padre, corresponde a la imitación. Pues, en cuanto Electra reconoce a Orestes como aquel que ella esperaba, sucede que ésta se identifica con él de modo tal que, por un momento, el proyecto existencial de ambos pareciera ser uno solo. Justamente, aquello representa la mayor equivocación que pudiera haber cometido Electra a lo largo de la obra, incluso más que arrepentirse de sus acciones posteriores, puesto que, una vez cometido el acto definitivo, Orestes ya no podía hacer nada por ella. Es por esto que la tercera etapa

sucedará casi de inmediato, ya que Electra demostrará rápidamente el no ser capaz de soportar el tener que «hacerse cargo» de su propia existencia.

Cuando decimos que Orestes no podía hacer nada por ella, nos referimos exclusivamente a que, una vez cometido su acto, éste solamente podrá acompañar a su hermana, pero no ayudarla, puesto que el resto le corresponde a ella. Orestes no la puede liberar como ella suponía, ya que la libertad que representa su hermano, dista mucho a la libertad que es obtenida por alguien que supera el yugo de la opresión a la que se hallaba expuesto. Después de todo, incluso en medio de la esclavitud, uno puede seguir eligiéndose libre. Por lo mismo, Orestes tendrá que declararle a Electra, lo siguiente: “Y la angustia que te devora, ¿crees que dejará jamás de roerme? Pero qué me importa: soy libre. Más allá de la angustia y los recuerdos. Libre. Y de acuerdo conmigo mismo. No debes odiarte, Electra. Dame la mano: no te abandonaré”³².

En cierto sentido, podemos afirmar que la promesa que le hace Orestes a su hermana, tiene directa relación con el compromiso que debe adquirir cada escritor con sus lectores. Al mismo tiempo que esta representará la promesa y compromiso del propio Sartre con sus compatriotas durante la ocupación, ya que uno de los propósitos de la obra era salvar a los franceses de la enfermedad del arrepentimiento, haciéndoles entender que no tienen nada que temer respecto a sus decisiones durante la ocupación y después de ésta. De esta manera, en medio de la desesperación y la angustia, en plena conciencia de la tendencia al fracaso de cualquier proyecto humano, Sartre se va a presentar en la soledad que se desprende de la mayoría de sus escritos como una compañía ausente. Insuficiente, pero necesaria.

Continuando con lo que decíamos respecto a Electra y Orestes, podemos afirmar que el quiebre producido por los actos respectivos de cada hermano, se debe a que Electra no sabía o no esperaba la responsabilidad que supone el realizar ese acto al que nos hemos referido en reiteradas ocasiones. Por lo mismo, para entender cómo es que uno de los dos tenía conciencia de aquello y el otro no, recurriremos a una línea de la reina Clitemnestra,

³² Jean-Paul Sartre, *op.cit.*, Acto III, Escena I, Línea 56.

dirigida hacia Electra después de burlarse del arrepentimiento de su madre, en la cual podemos recoger el principal supuesto del acto a realizar: “Y sabrás por fin que has comprometido tu vida sin más ni más, de una vez por todas y que lo único que te queda es arrastrar tu crimen hasta la muerte. Tal es la ley, justa e injusta, del arrepentimiento”³³.

A partir de aquello, podemos suponer rápidamente, dos posibilidades respecto al acto a cometer, y éstas son: o se asume el acto, o se niega el mismo. Claramente, no hay posibilidad aquí de puntos medios, puesto que uno no puede elegirse a sí mismo a medias. Por lo que podemos concluir que quien no sea capaz de *arrastrar su crimen* (su acto) *hasta la muerte*, es preferible que permanezca en la indecisión o el arrepentimiento. Debido a que, de lo contrario, no podrá soportar al igual que Electra, las consecuencias inevitables que recaen sobre quienes con justo o injusto derecho, reclaman sobre su propia existencia el peso de *su acto*, a pesar de todo y de todos.

Precisamente, aquello lo podemos evidenciar de una forma más didáctica al comparar de una manera más detallada el modo en que ambos hermanos se enfrentarán a la situación en la que se encuentran, luego de llevar a cabo sus respectivos actos. Puesto que, mientras Orestes va a ratificar cada una de sus acciones frente a los ciudadanos de Argos, Electra va a ocultar su responsabilidad en los hechos, con tal de obtener la protección de los dioses ante la masa de personas que se agolpaban a las puertas del templo donde se habían ocultado una vez realizado su crimen. Respecto a esto último, pareciera que la reina Clitemnestra, hubiera predicho el fracaso con el cual se tropezaría Electra, debido a su precipitación y juventud, al saber de buena fuente que no todos están realmente dispuestos a pagar el precio de su libertad ante cualquier eventualidad.

En cuanto a lo anterior, podemos establecer desde una perspectiva política de la obra que la figura de Electra, también va a representar la tercera y última figura del arrepentimiento: el colaboracionista. Puesto que, al momento de tener que responder sobre sus acciones ante Júpiter, Electra va a demostrarse arrepentida de haber colaborado con

³³ *Ibidem*, Acto I, Escena V, Línea 37.

Orestes, con tal de obtener su protección. Por lo que, al igual que los colaboracionistas durante los juicios en su contra, Electra va a aceptar la sugerencia de Júpiter, respecto a poner la responsabilidad total y absoluta del crimen en quien empuñaba el arma homicida, y no en quien pudiéndolo evitar, procuró resguardar el éxito de la empresa con sus propias manos.

No obstante, aunque pudiéramos juzgar la decisión de Electra, sobre unirse al arrepentimiento generalizado de Argos y recurrir a la protección de Júpiter al final de la obra, ya que sabemos de antemano que ella actúa de mala fe, es necesario volver a recordar que dejar de padecer nuestra mala fe es una empresa prácticamente imposible. Por lo que, si consideramos nuestra existencia en el centro de un laberinto en espiral, del cual debemos y deseamos salir, comprenderemos que entre más avanzamos, más se habrá de agrandar el camino con cada paso que damos. Lo mismo ocurre con la mala fe, por lo que al igual que con el laberinto en espiral, sólo tenemos una oportunidad segura de éxito, el caminar derecho. Es decir, inventarnos una dirección propia y seguirla hasta el final.

La tercera etapa de la mala fe de Electra, se da casi inmediatamente después de la segunda, por lo que es difícil distinguirla muy bien de ella. Sin embargo, planteamos referirnos a ella como la etapa que responde a la superstición o creencia religiosa, debido a que ésta estará marcada por su búsqueda de consuelo para su arrepentimiento. Justamente, es en esta etapa en que nuestra suposición, respecto a que existen formas en las que la mala fe afecte a un grupo de personas colectivamente y no únicamente de forma individual, encuentra su mayor sustento. Pues pareciera que Electra, no se ha elegido a sí misma de ese modo, sino más bien, que se eligió así al ser la elección que había ya realizado todo el pueblo de Argos.

Por supuesto, no estamos realmente planteando aquí que la mala fe pueda afectar colectivamente a un grupo de personas, puesto que aquello supondría una conciencia colectiva sobre la cual pudiera la mala fe efectuarse. Más bien, estamos planteando que esta podría ser una manera de comprender aquello a lo que Sartre nombró sabiduría de las naciones, la cual consiste principalmente en el sistema de creencias sobre la que se rige una sociedad. De modo que, además de la mala fe padecida individualmente, cada sujeto tendrá que elegir si adecuarse a ese sistema de creencias o rechazarlo completamente. En el caso de

Electra, pudimos apreciar que resulta casi sencillo pasar de un lado a otro, dependiendo de que las circunstancias en las que uno se encuentra se ajusten a la sabiduría popular.

De hecho, en la siguiente línea, podemos encontrar la firmeza con que rechazaba estas creencias Electra, antes de tener que buscar refugio ellas: “Quise creer que podía curar a las gentes de aquí con palabras. Ya viste lo que ha sucedido: les gusta su mal, necesitan una llaga familiar que conservan cuidadosamente rascándola con las uñas sucias. Hay que curarlos por la violencia, pues no se puede vencer el mal sino con otro mal”³⁴. En esta línea, Electra hacía referencia a la conmemoración de la muerte de Agamenón, en la que se supone que los muertos volvían a la tierra para atormentar a los vivos, la cual ella misma había tratado de revelar como un engaño de Egisto para mantener al pueblo sumiso.

No obstante, nada de lo que hizo entonces sirvió, mucho menos lo que después sucedió, pues Electra terminará dándole la razón a Egisto y a Júpiter, sobre la necesidad de controlar a sus súbditos de alguna manera. Aun cuando ese control se asemeje a una cárcel sin celdas ni grilletes, la cual posee una condena firme y eficiente como lo es el arrepentimiento. Puesto que, de lo contrario, otros al igual que Orestes, dejarían de temerle a sus soberanos. Por lo mismo, nos resulta sencillo comprender las razones por las que Júpiter afirma lo siguiente: “Es preciso que me miren: mientras tienen los ojos clavados en mí, olvidan mirar en sí mismos. Si se me olvidara un solo instante, si los dejara apartar la mirada...”³⁵, ya no habría nada que ellos no pudieran hacer.

Cuando Orestes es interpelado, respecto a lo que va a hacer con sus súbditos al convertirse en el legítimo rey de Argos por su derecho de nacimiento, Júpiter le recrimina su actitud descuidada y poco gentil con los ciudadanos de Argos, al descubrir sus planes de sostener sobre sí mismo los arrepentimientos de su pueblo. Por lo que Júpiter le dirá: “¡Pobres gentes! Vas a hacerles el regalo de la soledad y la vergüenza, vas a arrancarles las telas con que yo los había cubierto, y les mostrarás de improviso su existencia, su obscena e insulsa

³⁴ *Ibidem*, Acto II, Escena IV, Línea 14.

³⁵ *Ibidem*, Segundo Cuadro, Escena V, Línea 56.

existencia, que han recibido para nada”³⁶. De modo que el arrepentimiento, se mostrará en *Las Moscas* como otra manera de ocultarnos a nosotros mismos la realidad desoladora de nuestra existencia.

Por lo mismo, quisimos establecer aquí una cierta conexión entre la mala fe y la sabiduría de las naciones, debido a que ambas están pensadas desde el supuesto de la necesidad de encubrimiento de nuestra realidad. Puesto que, sin ninguna de las dos, el hombre se quedaría solo y desnudo, en medio de este mundo frío y hostil. Ante aquello es que la figura de Electra tendrá la misma o incluso más relevancia que la de Orestes, al demostramos que la mala fe es algo que no podemos dejar de padecer, mediante trucos o engaños. Pues la mala fe, al ser parte de la libertad, es acción viviente que también está abierta a todas las posibilidades que posee un sujeto, por lo que no tenemos más opción que dar un salto a ciegas, esperando que, del otro lado, se encuentre lo que buscamos: la capacidad de enfrentarnos a nuestra existencia sin necesidad de ningún mediador.

3.3 Los dioses, los signos y los destinos.

Habiendo llegado al último apartado de nuestra investigación, tenemos que admitir que si pudiésemos realizar un análisis teórico de todos los personajes e instancias a las que podríamos hacer referencia a lo largo de la obra, necesitaríamos realizar una investigación aparte, la cual se centre únicamente en esta relación más íntima entre *El Ser y la Nada* y *Las Moscas*. Después de todo, la presente investigación consiste más bien en la intención de determinar y evidenciar la posibilidad de tal relación, más que explicitar la forma en que esta misma se va a dar. No obstante, queremos en este apartado dedicarnos a un último análisis teórico, sobre un asunto que se ha ido entre viendo en los apartados anteriores, el problema de la *creencia*.

Lógicamente, en una primera instancia, lo primero que pensamos al escuchar esa palabra en pleno siglo XXI, es desconfianza y rechazo, debido a que la mayoría de nosotros

³⁶ *Ibidem*, Acto III, Escena II, Línea 79.

relacionamos la palabra creencia, únicamente con la concepción religiosa de la misma. Pues, pareciera que todas las creencias parten por definir la concepción de mundo, y no determinadas aseveraciones respecto a temas puntuales, por lo que cualquier atisbo de dogmatismo nos parece de inmediato problemático y anticuado. Por lo mismo, lo que intentaremos expresar en este apartado, es la forma en que la creencia es la primera piedra de tope para la libertad humana, ya que está fija desde el momento de su adopción, el mundo que rodea al hombre.

Para comprender el modo en que sucede aquello, recurriremos una vez más a Ortega y Gasset, al considerar que su teoría de las ideas y creencias en la realidad humana, es asimilable a la noción de Sartre sobre la sabiduría de las naciones, la cual habíamos desarrollado en el apartado anterior. Pues bien, en la teoría orteguiana, observamos que la vida humana se conforma a partir de ideas y creencias, las cuales responden a distintos niveles: uno personal (pensamientos propios y ajenos) y uno histórico, los cuales se irán entrelazando entre sí indiscriminadamente. Y bien, mientras que uno corresponderá al nivel intelectual de la vida, el otro va a corresponder a las creencias básicas que constituyen nuestra vida, respectivamente.

Justamente, es ante esto último, que sostendremos una similitud entre las creencias orteguianas y la sabiduría de las naciones de Sartre, puesto que a partir de la adopción o rechazo de un determinado grupo de creencias, comprenderemos que nuestros pensamientos y conductas se ajustan a ellas, y no viceversa. Precisamente, aquello lo pudimos evidenciar cuando hacíamos un análisis de Electra, quien luego de adoptar un sistema de creencias completamente diferente al que tenía al principio de la obra, no sólo cambió de creencias fundamentales, sino también su forma a actuar y comportarse, incluso su manera de padecer su mala fe sufrió una variación al hacerlo.

El hecho de que eso sea posible, se debe a que las creencias, según Ortega y Gasset, se encontrarán siempre por encima de cualquier otro tipo de razonamiento, pues toda reflexión se da inmediatamente después de haber adoptado alguna. De este modo, éstas funcionarán como una especie de plantilla, bajo la cual todo lo demás pensamientos se

modelarán a su imagen y semejanza. Desde esta perspectiva, se nos hace comprensible, lo que quería evidenciar Sartre, al afirmar lo siguiente: “El verdadero problema de la mala fe procede, evidentemente, de que la mala fe es *fe*”³⁷. Así, entenderemos que el principal impedimento para comprender a la mala fe, se debe a que su primer acto es determinar la naturaleza de la propia fe, como podemos ver a continuación:

“Así, la mala fe, en su proyecto primitivo y desde su surgimiento, decide sobre la naturaleza exacta de sus exigencias; se dibuja toda entera en la resolución que toma de *no pedir demasiado*, de darse por satisfecha cuando éste mal persuadida, de forzar por decisión sus adhesiones a verdades inciertas. Este proyecto primero de la mala fe es una decisión de mala fe sobre sobre la naturaleza de la fe”³⁸.

De esta manera, remontándonos al proyecto primero de la mala fe, presenciaremos que su primer acto, tendrá directa relación con la necesidad de la humanidad de olvidar su aislamiento y confusión respecto a su propia existencia. Después de todo, el hombre sartreano se considerará un extraño para sí mismo, un forastero en su propio ser. Por lo que la humanidad, en medio de su frágil búsqueda de respuestas y de consuelo, va a encontrarse vulnerable ante cualquier suposición que parezca factible, prefiriendo quedarse en el mundo de las apariencias, en lugar de enfrentarse a la realidad concreta. Por lo mismo, la fe de la mala fe, representará ese dilema y encrucijada en la que se haya siempre el hombre, respecto al ser y el parecer.

Precisamente, respecto a esto, es que podemos confirmar que el asignarle valor religioso a concepciones sobre la existencia humana, como lo son la mala fe, la buena fe y la conversión moral, no fue algo azaroso. Más bien, en el caso de Sartre, resultaba forzoso recurrir a un lenguaje similar al religioso, ya que su intención era despojar al hombre de cualquier inclinación a la sumisión o relegación de su propia existencia. Puesto que ahora, es decir, después del existencialismo, la salvación no sería otra cosa más que elegirse así mismo,

³⁷ Jean-Paul Sartre, *op.cit.*, p. 115.

³⁸ *Ibidem*, p. 116.

mientras que la condena, no es nada más que nuestra propia libertad. Por lo que “El existencialismo no es otra cosa que un esfuerzo por sacar todas las consecuencias de una posición atea coherente”³⁹.

Debido a aquello, retomando de nuevo nuestro interés en la importancia que tendrán las creencias, nos referiremos brevemente a tres tipos de creencia significativas para el hombre, a saber: los dioses, los signos y los destinos. Aunque muy similares entre sí, a medida que las trataremos individualmente, nos daremos cuenta que hay una cierta jerarquía entre ellas, por lo que su adopción o rechazo tendrá un impacto muy diferente dependiendo del caso. Sobre todo, si consideramos que “El acto primero de la mala fe es para rehuir lo que no se puede rehuir, para rehuir lo que se es”⁴⁰.

Pues bien, como vemos en *Las Moscas*, también en *El Existencialismo es un Humanismo*, entre otros textos sartreanos, el rechazo a los dioses (no precisamente a la posibilidad de la existencia de algo divino, sino más bien al poder que podría ejercer sobre nosotros el que existiera algo similar) es la mayor prueba de haberse elegido por encima de todas las cosas. Significa abrazar nuestra angustia, admitir nuestra desesperación, aceptar el estado de absoluto desamparo en que nos encontramos. Aquello lo pudimos apreciar en la figura de Orestes, quien rechaza el poder de Júpiter, ya que él sabía que no había nada que éste le pudiera hacer siendo libre. Puesto que una vez apartado de ese esquema, todo lo que hiciera y fuera, le pertenecería únicamente a él, a Orestes.

Respecto a los signos, es indudable que todos alguna vez hemos visto o sentido que algo es una señal, y no una señal cualquiera, sino una dedicada exclusivamente para nosotros. Pues bien, en lo último, tenemos razón. Sí son para nosotros, nos dirá Sartre, pues somos nosotros quienes decidimos el origen y el significado que estas tendrán. Así, como en el caso de Abraham, quien eligió que la orden de asesinar a su hijo venía de Dios, al que debía obedecer para demostrar su devoción y confianza en él, cada uno de nosotros va a tener

³⁹ Jean-Paul Sartre, *op.cit.*, p. 86.

⁴⁰ Jean-Paul Sartre, *op.cit.*, p. 118.

que escoger de dónde proceden y hacia dónde se dirigen, los preceptos bajo los cuales pretendemos justificar nuestras acciones. Esto es algo más común de lo que podría pensarse, pues la búsqueda de señales, no siempre corresponde a una situación tan drástica como lo es en el caso de Abraham, no obstante, eso no quiere decir que tengan menor relevancia sobre nuestra existencia.

Por último, sobre la suposición de destino, la cual pudimos desarrollar a través de la figura de Electra, pareciera que todos poseemos una cierta inclinación de nacimiento a creer que nacemos con una estrella bajo la cual guiar nuestra existencia. No obstante, a poco andar, vamos dándonos cuenta de que no poseemos todas las respuestas, y en la necesidad de ellas, aceptamos primero las supersticiones y no las evidencias. Ya que las últimas, nos reclaman y exigen, el guiarnos por los tres ejes morales de Sartre, y no por una suerte de correlato de nuestra existencia ya establecido, en el cual olvidemos la principal función del hombre, la invención.

De este modo, a través de una cierta noción de estos tres tipos de creencias, podemos sostener que el existencialismo sartreano, sólo tiene por intención, el entregarle al hombre la respuesta que no quería escuchar, una respuesta a la que se había opuesto con toda sus fuerzas durante toda su vida, el hecho de que “No somos terrones de arcilla y lo importante no es lo que hacen de nosotros, sino lo que nosotros mismos hacemos de lo que han hecho de nosotros”⁴¹. Por lo que no tenemos más opción que existir, de vivir, de resistir; pues ya no tenemos nada más que esperar, ninguna excusa a la que podamos recurrir. Sólo nos queda un presente, al cual apostarle todo.

⁴¹ Jean-Paul Sartre, *San Genet, comediante y mártir*, Losada, Buenos Aires, 1967, p.61.

CONCLUSIÓN

En primer lugar, al establecer la estructura conceptual de la mala fe, hemos podido comprobar efectivamente que la libertad no puede ser definida, al no ser realmente un concepto al que se le pueda atribuir determinadas características. Asimismo, hemos logrado comprobar que nunca podremos obtener realmente una visión clara y completa de lo que su fenómeno representa, por lo que siempre tendremos que conformarnos con apreciar un pequeño aspecto de la libertad, al no poder contar con una apreciación más acabada de la misma. De manera que una libertad situada, dentro de un contexto específico, es la única posibilidad de aproximación que tenemos, puesto que sólo así, la libertad se encontrará delimitada lo suficiente como para poder describirla de alguna manera.

En segundo lugar, al centrar nuestra mirada en la obra teatral *Las Moscas*, hemos podido verificar que esta obra nos ofrece efectivamente un momento y un lugar, en los que se pueden comprender todos los elementos teóricos de la libertad expresada en *El Ser y La Nada*. Puesto que en dicha obra teatral, podemos observar cómo se van a ir dando en la práctica, todos los elementos que conforman la teoría de la libertad sartreana, permitiéndonos describir el modo en que ésta se va a ir dando en cada uno de sus personajes. Por lo mismo, fuimos capaces de ofrecerle en esta ocasión al lector, un análisis teórico de la figura de Orestes y su relación con la libertad. También un análisis de Electra y la mala fe, en conjunto con el padecer del pueblo de Argos, lo cual nos permitió un tercer análisis respecto al asunto de las creencias.

En tercer lugar, al comparar lo descrito por un texto y lo ejemplificado por el otro, hemos podido constatar que el corpus sartreano posee realmente una gran unidad y uniformidad, al tratarse principalmente en cada obra de lo más importante y más propio del ser humano, la libertad. De este modo, hemos logrado evidenciar que una misma reflexión, puede ser expresada y desarrollada en diferentes tipos de textos, después de todo, lo que nos decía Sartre sobre la libertad en *El Ser y La Nada* de forma teórica, es lo mismo que nos iba

a decir respecto a la libertad en *Las Moscas* de modo práctico. De manera que nuestra hipótesis ha sido comprobada y validada con éxito según nuestro parecer.

En cuarto lugar, al poder sostener argumentativamente la hipótesis que ha motivado esta investigación desde un principio, hemos podido confirmar la relación existente entre la filosofía y la literatura en el caso de Sartre. Con esto pretendemos haber reabierto, la posibilidad nada nueva de volver a replantearnos los límites que hay entre cada disciplina, con tal de redescubrir de otra forma lo que ya habíamos conocido previamente de una manera. De modo que queremos invitar al lector a redescubrir a los distintos autores que les son de su personal interés, leyéndolos desde la trinchera opuesta en la que se encuentran, para que compruebe por sí mismo que cuando lo que se necesita y urge es el tener que decir, poco importa el método que se utilice para hacerlo.

En quinto lugar, al considerar todo lo que hemos dicho hasta el momento sobre el hombre sartreano, hemos confirmado en efecto, la actualidad de los pensamientos de Sartre respecto a la existencia humana, al evidenciar que no estamos exactamente ante la presencia de un hombre nuevo en el siglo XXI. Por el contrario, el hombre sigue careciendo igualmente de inocencia y de gratuidad en sus actos, por lo que la filosofía del «hacerse cargo», sigue estando presente al igual que antes. Incluso, debería estar aún más presente que antes, si tenemos en cuenta lo que ha sucedido alrededor del mundo en el último tiempo. Puesto que, ante tanta desolación, ausencia y desesperanza, sólo nos queda seguir viviendo, y para hacerlo, debemos entender de una vez por todas, que lo único que realmente importa es lo que nosotros somos y lo que hacemos respecto a nuestra manera de ser, por lo que el «hacerse cargo» es nuestro único deber.

En sexto lugar, al tomar una visión más política o social de nuestra investigación, hemos de concluir la necesidad de dirigirnos hacia una moral existencialista en la actualidad, ya que podemos encontrar en ella la posibilidad de solucionar los problemas que hoy nos aquejan como humanidad, debido a que ésta podría llegar a evitar eventualmente que ciertas decisiones que tomemos en conjunto o individualmente, terminen por obtener consecuencias irreparables para todos nosotros. Puesto que al comprender, mediante la moral existencialista,

la cual se regirá únicamente por la libertad, la responsabilidad y compromiso, que todo depende de todos, podremos ser más conscientes y congruentes con cada una de nuestras acciones. De ahí que podamos decir, que cada uno de nosotros constituye, tanto para sí mismo como para los otros, en su propia redención (posibilidad de recuperación) y su propia caída (existencia inauténtica), por lo que sólo nos queda poner de nuestra parte y confiar en que nuestras decisiones hayan sido las correctas.

Hablando en términos generales, podemos concluir que se necesita un Sartre ahora más que nunca, alguien que siempre se encuentre dispuesto a estar en la vereda de enfrente, reclamando lo que otros no pueden o no podrán reclamar jamás, la libertad del hombre. Pues, precisamente, en eso consiste existir, en expresar por todos los medios posibles la libertad con la que fuimos arrojados y abandonados en el mundo. Es tener que responsabilizarse del mundo entero, de uno mismo y de los otros, es comprometerse en cada acción que realizamos. Es por ello que nuestra investigación, tiene como propósito ser en realidad, un llamado urgente e inmediato para escuchar desde nuestro presente lo que dijo en su momento Jean-Paul Sartre. Puesto que, para lo que verdaderamente importa, sólo hay un tiempo, hoy. Y en ese hoy, nosotros existimos libres, responsables, comprometidos y sin excusas.

BIBLIOGRAFÍA

1. Libros

BEAUVOIR, Simone. *El existencialismo y la sabiduría de los pueblos*, Edhasa, Barcelona, 2009.

COHEN-SOLAL, A. *Sartre: 1905-1980*, Edhasa, Barcelona, 2005.

CONTANT, Michael. *Les écrits de Sartre: Chronologie, bibliographie commentée*, Gallimard, París, 1970.

DENIS, Benoît. *Littérature et engagement*, Éditions du Seuil, février 2000.

GROS, Frédéric. *Desobedecer*, Taurus, Barcelona, 2018.

SARTRE, Jean-Paul. *Las Moscas*, Losada, Buenos Aires, 1948. Traducción de Aurora Bernárdez.

_____. *El Ser y La Nada*, Losada, Buenos Aires, 1993. Traducción de Juan Valmar.

_____. *¿Qué es literatura?*, Losada, Buenos Aires, 1967. Traducción de Aurora Bernárdez.

_____. *San Genet, comediante y mártir*, Losada, Buenos Aires, 1967. Traducción de Luis Echávarri.

_____. *El Existencialismo es un Humanismo*, Edhasa, Barcelona, 2009. Traducción de Victoria Praci Fernández.

2. Revistas

BADIOU, Alan. “Panorama de la filosofía francesa contemporánea”, *Nómadas*, N°23, octubre 2005, pp. 175-183.

GLADSTER, Ingrid. “El poder precario de la literatura: Las Moscas de Sartre en 1943”, *Universitas Humanística*, N°28, pp. 55-66.

_____. “Las Moscas, Pieza de la Resistencia? *”, *Ideas y Valores*, abril-agosto 1988, Nos 76-77, pp. 57-71.

GRÖN, Arne. “El concepto de la angustia en la obra de Kierkegaard”, *Thémata*, N°15, 1995, pp. 15-30.